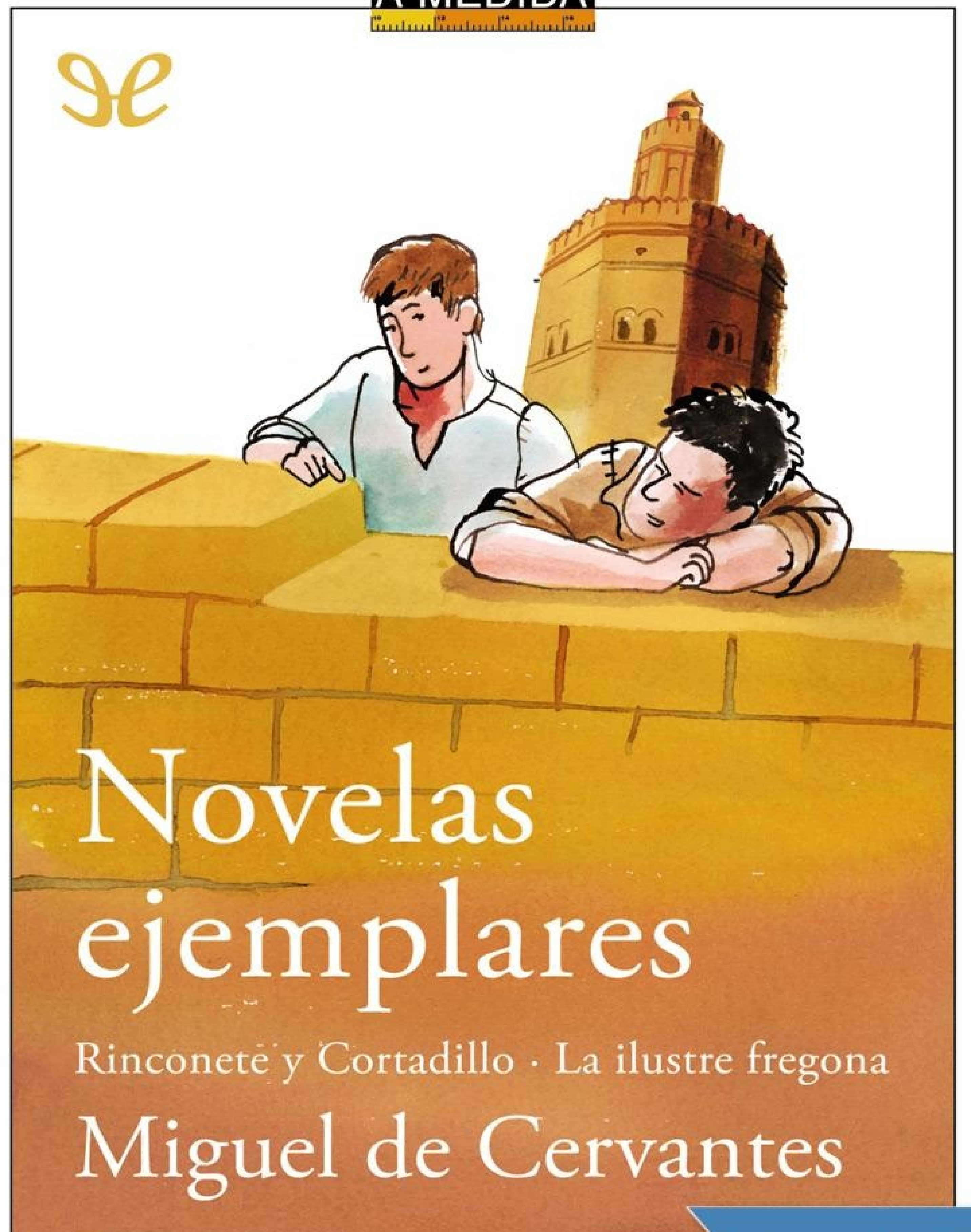
CLÁSICOS
A MEDIDA



Estas dos novelas constituyen un importante documento para conocer la vida y costumbres de la España de fines del siglo XVI. En «Rinconete y Cortadillo», Cervantes dirige su mirada a sectores y ambientes marginales de la sociedad, pero lo hace con ironía y humor, y reflejando, con gran naturalidad estilística, el lenguaje popular y marginal. «La ilustre fregona» es un divertido y alegre episodio de la vida de unos jóvenes estudiantes a quienes atrae vivir libre e independientemente.

Miguel de Cervantes Saavedra

Novelas ejemplares

Rinconete y Cortadillo - La ilustre fregona

Clásicos a medida - 3

ePub r1.0

Titivillus 26.06.2023

Miguel de Cervantes Saavedra, 1613
Adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Ilustraciones: Enrique Flores
Adaptación de cubierta: *diego77*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Introducción

Aventuras adolescentes de hace cuatrocientos años

Dos amigos adolescentes deseosos de correr aventuras. ¡A cuántas historias con ese punto de partida hemos asistido en las páginas de un libro o en la pantalla del cine o de la televisión! La amistad, el deseo de libertad, el descubrimiento del mundo, la decepción que ese descubrimiento supone a veces, son los ingredientes temáticos con los que tantas y tantas historias juveniles se han tejido, puesto que son sentimientos fundamentales con los que el ser humano se enfrenta al dejar la niñez y hacerse adulto. Y esto en todos los tiempos y lugares, pues pertenece a la esencia de nuestra condición humana.

En las dos novelas cortas que siguen, Miguel de Cervantes nos ofrece la oportunidad de asistir a esa experiencia tal como la podrían vivir los adolescentes a comienzos del siglo XVII, es decir, hace cuatrocientos años. En cada una de ellas, dos amigos rompen con su familia y su lugar de origen y marchan lejos buscando una vida libre, sin ataduras ni normas que coarten su libertad y sus ganas de divertirse.

Semejanzas y diferencias

En *Rinconete y Cortadillo*, la primera novela, Rincón y Cortado son dos chicos de origen humilde, ambiciosos, descontentos del oscuro porvenir que la vida les ha destinado. Se conocen por casualidad en una venta del camino y planean un futuro diferente como pícaros: hacen trampas con las cartas y hurtan lo que pueden para vivir.

En la segunda, *La ilustre fregona*, Carriazo y Avendaño son los herederos de sendos caballeros ricos, a los que no les falta de nada, por eso tienen un enorme deseo de aventuras. Así pues, deciden huir de casa, cambiar sus lujosos trajes por vestidos sencillos de campesinos y vivir la experiencia picaresca. Son nobles que se hacen pasar por pícaros, a la inversa de lo que les ocurre a Rincón y Cortado, quienes son pícaros que, al comienzo, se hacen

pasar por caballeros, tratándose de *vuesa merced* y *gentilhombre*, hasta que dejan de disimular y se descubren mutuamente sus verdaderas identidades.

Son, pues, dos vivencias distintas de un mismo arrebato juvenil. Los primeros son verdaderos pícaros, aunque al final de la historia se plantean cambiar de vida en el futuro. Los segundos juegan a ser pícaros durante una temporada de sus vidas. Conforme a las ideas de la sociedad estamental de la época y a sus convenciones literarias, los primeros roban y engañan, es decir, cometen actos deshonestos e inmorales; los segundos, sin embargo, pasan por la vida picaresca sin mancharse, pues su noble origen les hace comportarse en todo momento con generosidad y honestidad.

También es diferente el tratamiento literario que reciben unos y otros. En la primera novela, el realismo de los personajes, lugares y situaciones no está contrastado con desenlaces sorprendentes y poco creíbles, al contrario de lo que ocurre en la segunda. Al final feliz e idealista de *La ilustre fregona* se contrapone el notable desencanto de Rinconete en la primera novela cuando descubre la realidad de una sociedad hipócrita y corrompida.

Ahora bien, lo que sí tienen en común pobres y ricos, como personas que son sometidas al capricho de la fortuna, es que la vida les va deparando situaciones inesperadas, no siempre coincidentes con los planes que se habían forjado. Y así no es infrecuente que a los personajes de estas novelas les suceda lo contrario o, al menos, cosa diferente de la que habían planificado. El azar es también un componente imprescindible de la vida, que exige acomodar nuestros deseos a las circunstancias que se van presentando, obligándonos así a ejercitar nuestra capacidad de decisión constantemente. Frente al niño que pretende convertir su capricho en realidad, el hombre maduro sabe que ha de tomar decisiones ajustadas a las circunstancias, renunciando, a veces, a lo previsto inicialmente. No es este el menor de los aprendizajes al que se ven sometidos nuestros personajes.

En cualquier caso y fuera de las interpretaciones que podamos hacer de cada una de estas novelas, uno de los propósitos fundamentales de la narración es, para Cervantes, el de entretener y divertir contando historias variadas, sorprendentes, interesantes y verosímiles. Así que dispongámonos a seguir las peripecias de Rincón y Cortado, por una parte, y de Avendaño y Carriazo, por otra, que nos harán recorrer la España de comienzos del siglo XVII y detenernos en dos ciudades bien conocidas por Cervantes (Sevilla y Toledo, respectivamente), descritas con el realismo propio de quien había recorrido sus calles, dormido en sus pensiones y conocido a sus gentes.

Rinconete y Cortadillo



EN LA VENTA DEL MOLINILLO, que está situada al final de los famosos campos de Alcudia, según vamos de Castilla a Andalucía, un caluroso día de verano se encontraron casualmente dos muchachos de unos catorce a quince años; ambos agradables, pero muy descuidados, rotos y mal vestidos: capa no tenían; los calzones eran de tela basta y las medias eran su propia carne. Esto lo completaban los zapatos, porque los de uno eran alpargatas desgastadas por el mucho uso, y los del otro estaban agujereados y sin suelas. Traía uno sombrero verde de cazador, el otro un sombrero sin cinta, bajo de copa y con el ala grande y caída. A la espalda y sujeta por el pecho, traía el primero una camisa amarillenta recogida como si fuera una bolsa; el otro venía sin cargas, aunque por el pecho se le veía un gran bulto que no era sino un cuello de los que llaman valones[1], grasiento y deshilachado. Dentro de él llevaba envueltos y guardados unos naipes de forma ovalada, porque de utilizarlos se les habían gastado las puntas y para que durasen más se las habían recortado. Estaban los dos quemados del sol, las uñas las traían largas y negras y las manos no muy limpias; uno tenía una espada corta, y el otro un cuchillo de mango amarillo de los que suelen utilizar los carniceros.

Salieron los dos a descansar a la hora de la siesta a un cobertizo que hay delante de la venta; y, sentándose uno enfrente del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre[2], y para dónde camina?

—Mi tierra, señor caballero —respondió el preguntado— no la sé, ni para dónde camino, tampoco.

—Pues en verdad —dijo el mayor— que no parece vuesa merced caído del cielo, y que este no es lugar para quedarse, sino que forzosamente hay que seguir adelante.

—Así es —respondió el menor—, pero yo he dicho la verdad porque mi tierra no es mía, puesto que no tengo en ella más que a un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como hijastro; el camino que llevo es a la ventura, y terminará donde halle quien me dé lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio? —preguntó el grande.

Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo y corto con la tijera con mucha delicadeza.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso —dijo el grande— porque habrá sacristán que le recompense con pan y vino por cortarle flores de papel para el monumento[3] del Jueves Santo.

—No es mi corte de ese estilo —respondió el menor—, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y me enseñó a cortar diversas prendas de las que se utilizan para cubrir las piernas, tan bien que podría ejercer el oficio, pero la mala suerte no me lo permite.

—Todo eso y más le sucede a cualquiera —respondió el grande—, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más desperdiciadas, pero aún tiene vuesa merced edad para cambiar su suerte. Aunque, si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras habilidades tiene vuesa merced ocultas, y no las quiere manifestar.

—Sí las tengo —respondió el pequeño—, pero no son para decirlas en público, como vuesa merced muy bien ha insinuado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le aseguro que soy uno de los más discretos mozos que pueden encontrarse en ninguna parte; y, para obligar a vuesa merced a que descubra su corazón y se sincere conmigo, le quiero obligar descubriéndole el mío primero; porque imagino que por algo nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que seremos, desde este hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido por los ilustres pasajeros que por él pasan continuamente; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona distinguida, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir que es buldero[4]. Algunos días le acompañé en el oficio y lo aprendí de manera que no me aventajaría en echar las bulas ni el que más presumiese de ello. Pero, habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las bulas mismas, me abracé a una bolsa y di conmigo y con ella en Madrid, donde con las oportunidades que allí habitualmente se ofrecen, en pocos días le saqué las entrañas a la bolsa y la dejé completamente vacía. Vino tras de mí el que tenía a cargo el dinero, me apresaron, tuve poca ayuda ante la justicia, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con azotarme la espalda y con que saliese desterrado[5] por cuatro años de la corte; tuve paciencia, me encogí de

hombros, sufrí la tanda de azotes y salí a cumplir mi destierro con tanta prisa que no tuve ocasión de buscar cabalgadura.

Tomé de mis pertenencias las que pude y las que me parecieron más necesarias, y de ellas saqué estos naipes (y descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid hasta aquí, jugando a la veintiuna[6]; y aunque vuestra merced los ve tan sucios y maltratados, tienen una maravillosa virtud para quien los conoce, y es que no cortará vuesa merced la baraja una sola vez que no quede un as debajo. Y si vuesa merced conoce este juego, sabrá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene seguro un as en la primera carta, que le puede valer como un punto y como once, y con esta ventaja el dinero de la apuesta se queda en casa.

Además de esto, aprendí de un cocinero de cierto embajador ciertas trampas para otros juegos de manera que así como vuesa merced se puede examinar de sastre, así puedo yo ser maestro en el arte de los naipes. Con esto voy seguro de no morir de hambre, porque, donde quiera que llego, siempre hay quien quiere pasar el tiempo jugando un rato. Y esto lo vamos a comprobar ahora los dos: preparemos la red y veamos si cae algún pájaro de estos arrieros[7] que hay aquí; quiero decir que fingiremos que jugamos los dos a la veintiuna y que si alguno quisiese ser tercero en el juego, será el primero que se deje los cuartos.

—Sea en buena hora —dijo el otro— y considero un gran honor el que vuesa merced me ha hecho al relatarme su vida, con lo que me ha obligado a que yo no le oculte la mía, que, contándola más brevemente, es esta: yo nací en una villa entre Salamanca y Medina del Campo; mi padre es sastre; me enseñó su oficio y del corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas y bolsillos ajenos; me disgustó la miserable vida de la aldea y el trato poco afectuoso de mi madrastra. Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio y en él he hecho maravillas, porque no hay joya colgante ni bolsillo tan escondido que mis dedos no encuentren, ni mis tijeras no corten, aunque lo estén vigilando con cien ojos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido con las manos en la masa, ni sorprendido, ni avergonzado por los guardias ni delatado por ningún soplón. Bien es verdad, que hará ocho días que un confidente dio noticia de mi habilidad al Corregidor[8], el cual, atraído por mis cualidades, hubiese querido verme; pero yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan importantes, procuré no verme con él, y así, salí de la ciudad con tanta prisa, que no tuve ocasión

de conseguirme ni cabalgadura, ni dinero, ni coche de alquiler o, por lo menos, un carro.

—Olvidémonos de eso —dijo Rincón—; y puesto que ya nos conocemos, no son necesarias esas grandezas: confesemos llanamente que no teníamos blanca y ni siquiera zapatos.

—Sea así —respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba—; y, pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con las debidas ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón y Rincón a él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes limpios de polvo y de paja, pero no de grasa y malicia, y en poco tiempo cortaba tan bien Cortado por donde estaba el as como Rincón, su maestro.

En esto salió un arriero a refrescarse al portal y pidió ser tercero en el juego. De buena gana lo acogieron y en menos de media hora le ganaron doce reales y veintidós maravedís que fue como darle doce lanzadas y veintidós mil disgustos, y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo impedirían, quiso quitarles el dinero, pero, echando mano uno a su media espada, y el otro a su cuchillo, le dieron tanto que hacer que, de no salir sus compañeros, sin duda lo habría pasado mal.

En ese momento pasaron casualmente por el camino unos viajeros a caballo que iban a descansar a la venta del Alcalde, que está media legua[9] más adelante, los cuales viendo la pelea del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si por casualidad iban a Sevilla que se fuesen con ellos.

—Allá vamos —dijo Rincón— y serviremos a vuesas mercedes en todo cuanto nos manden.

Y, sin detenerse un momento, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero ofendido y a la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, pues había estado oyendo su conversación sin que ellos lo advirtiesen; y cuando dijo al arriero que los naipes con que jugaban eran falsos, este se tiraba de los pelos y quería ir a la venta tras ellos a recuperar su dinero, porque decía que era una grandísima ofensa y humillación que dos muchachos hubiesen engañado a un hombretón tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, aunque no fuera más que por no hacer pública su simplicidad y torpeza. En fin, tales razones le dijeron que, aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

Mientras tanto, Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes que la mayor parte del camino los llevaron montados en las mulas y aunque se les ofrecieron algunas ocasiones de hurtar en las maletas de sus medio amos, no las aprovecharon, por no perder la oportunidad tan buena de viajar a Sevilla, donde ellos tenían gran deseo de verse.

Sin embargo, a la entrada de la ciudad, que fue al anochecer y por la puerta de la Aduana, no se pudo contener Cortado; y así, con su cuchillo le hizo tan larga y profunda herida a una de las maletas que traía un francés del grupo que se le veían claramente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un cuaderno; cosas que, cuando las vieron los dos amigos no les dieron mucho gusto, pues pensaron que el francés que llevaba sobre una mula aquella pesada maleta debía de haberla llenado con objetos de más peso que aquellos y hubiesen querido volver a darle otro toque, pero no lo hicieron, imaginando que ya habrían echado de menos lo robado y habrían puesto en lugar seguro lo que quedaba.

Se habían despedido, antes de hacer el robo, de los que hasta allí los habían mantenido, y al día siguiente vendieron las camisas en el mercadillo que se hace fuera de la puerta del Arenal por veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad y se quedaron admirados de la grandeza y esplendor de su catedral y de la gran afluencia de gente en el río, pues había en él seis galeras[10], cuya vista les hizo suspirar y aun temer el día en que sus delitos les traerían a vivir en ellas de por vida; se dieron cuenta de los muchos muchachos de la esportilla[11] que por allí andaban; se informaron por uno de ellos sobre aquel oficio, y si era de mucho trabajo y de cuánta ganancia.

Un muchacho asturiano, que fue al que le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, que no se pagaba impuestos y que algunos días salía con cinco y seis reales de ganancia, con los que comía y bebía a cuerpo de rey, libre de buscar amo y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a cualquiera lo podía hacer en el más humilde de los mesones de la ciudad.

No les pareció mal a los dos amigos la narración del asturianillo, ni les desagradó el oficio, por parecerles muy adecuado para poder usar el suyo, con disimulo y seguridad, por la oportunidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y en seguida decidieron comprar los instrumentos necesarios para ejercerlo. Y preguntándole al asturiano qué tenían que comprar cada uno, les respondió que un saco pequeño, limpio o nuevo, y tres espuertas de esparto, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, el pescado y la fruta, y en el saco, el pan; y él mismo les guio a donde lo vendían, y ellos, del dinero del hurto del francés, lo compraron todo, y en dos horas parecían

expertos en el nuevo oficio, de lo bien que les sentaban las esportillas y les cuadraban los sacos. Les avisó su guía de los puestos adonde habían de acudir: por las mañanas a la Carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla, todas las tardes, al río; los jueves, a la Feria.



BIEN APRENDIERON DE MEMORIA toda esta lección, y al día siguiente bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador; y apenas llegaron los rodearon otros mozos del oficio, que, por lo flamante de los sacos y espuertas, vieron que eran nuevos en la plaza; les hicieron mil preguntas, y a todas respondían con discreción y moderación. En esto llegaron uno que parecía estudiante y un soldado, y atraídos por la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado, y el soldado, a Rincón.

—En nombre sea de Dios —dijeron ambos.

—En buena hora comienzo el oficio —dijo Rincón—, que vuesa merced me estrena, señor mío.

A lo cual respondió el soldado:

—El estreno no será malo, porque me van bien las cosas y estoy enamorado, y quiero ofrecerles hoy un banquete a unas amigas de mi amada.

—Pues cargue vuesa merced a su gusto que ánimo y fuerzas tengo para llevarme toda esta plaza e incluso si fuera necesario ayudar a guisarlo, lo haré de muy buena gana.

Quedó contento el soldado de la buena gracia del mozo, y le dijo que, si quería ser su criado, que él le sacaría de aquel bajo oficio; a lo cual respondió Rincón que, por ser aquel día el primero que lo ejercía, no lo quería dejar tan pronto, hasta ver al menos lo que tenía de malo y de bueno; y si no le agradase, él daba su palabra de servirle a él antes que a un canónigo**[12]**.

Se rio el soldado, le cargó bien las esportillas y le mostró la casa de su dama, para que la conociese a partir de entonces y ya no tuviese necesidad de acompañarle cuando le enviase de nuevo. Rincón prometió fidelidad y buen trato; le dio el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió a la plaza para no perder una nueva oportunidad, porque también de esta agilidad les había advertido el asturiano, y de que, cuando llevasen pescado pequeño, por ejemplo albures, sardinas o acedías, bien podían quedarse con algunas para la comida del día, pero que esto habían de hacerlo con sumo cuidado y astucia, para que no perdiesen la confianza en ellos, que era lo que más importaba en aquel oficio.

Aunque volvió muy pronto Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Se acercó a él y le preguntó que cómo le había ido. Rincón abrió la mano y le enseñó los tres cuartos. Cortado metió la suya en el pecho y sacó una bolsilla que mostraba que había pertenecido a persona rica en otros tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

—Con esta me pagó el estudiante, y con dos cuartos; pero cogedla vos, Rincón, por lo que pueda suceder.

Y una vez que se la había dado a escondidas y la había guardado, vieron que volvía el estudiante, sudoroso y angustiado; y viendo a Cortado, le preguntó si por casualidad había visto una bolsa de tales y tales señas, que, con quince escudos de oro y con tres reales de a dos y tantos maravedís en cuartos y en ochavos, le faltaba, y si la había cogido mientras había andado con él comprando.



A lo cual, con extraordinario disimulo, sin alterarse ni inmutarse lo más mínimo, respondió Cortado:

—Lo que yo puedo decir de esa bolsa es que no debe de estar perdida, a no ser que vuesa merced descuidara su vigilancia.

—Así ha sido, pecador de mí —respondió el estudiante—, que la debí de descuidar, pues me la han hurtado.

—Lo mismo digo yo —dijo Cortado—, pero para todo hay remedio menos para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, primera y principalmente, tener paciencia, que un día viene tras otro día y donde las dan las toman, y podría ser que, con el tiempo, el que se llevó la bolsa, se arrepintiera y se la devolviese a vuesa merced mejorada.

—La mejoría la perdonaríamos —respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más que hay decretada orden de excomunión para los ladrones; aunque, en verdad, no quisiera ser yo el portador de tal bolsa, porque si es que vuesa merced pertenece a alguna orden religiosa, me parecería a mí que había cometido algún gran sacrilegio[13].

—¡Y cómo que ha cometido sacrilegio! —dijo a esto el apenado estudiante—; que aunque yo no soy sacerdote, sino sacristán, el dinero de la bolsa era de las rentas de una capellanía, que me pidió que cobrara un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma —dijo Rincón a este punto—; no le arriendo la ganancia; día del juicio final hay, donde todo se averiguará, y entonces se verá quién fue el valiente que se atrevió a tomar, hurtar y reducir el dinero de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año?, dígame, señor sacristán, si es tan amable.

—¡Renta la puta que me parió! ¿Y estoy yo ahora para decir lo que renta? —respondió el sacristán, bastante enfurecido—. Decidme, hermanos, si sabéis algo; si no, quedad con Dios, que yo quiero anunciar la pérdida.

—No me parece mal remedio ese —dijo Cortado—, pero no olvide vuesa merced las señas de la bolsa ni la cantidad exacta del dinero que va en ella, que si se equivoca en un céntimo le profetizo que no aparecerá jamás.

—No hay que temer eso —respondió el sacristán—, que lo tengo más metido en la memoria que el tocar de las campanas; no me equivocaré lo más mínimo.

Sacó entonces del bolsillo un pañuelo adornado con encajes para limpiarse el sudor que goteaba de su rostro; y, apenas lo hubo visto Cortado, cuando le echó el ojo. Y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las Gradas de la Catedral, donde le llamó y le apartó a un lado, y allí le comenzó a decir tantos disparates y trolas acerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razonamiento

alguno, que el pobre sacristán estaba extasiado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, pedía que se lo repitiese dos y tres veces.

Cortado le miraba a la cara atentamente, y no apartaba la mirada de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando maravillado de sus palabras; este enorme embobamiento dio ocasión a Cortado a concluir su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo del bolsillo y, despidiéndose del estudiante, le dijo que a la tarde procurase verle en aquel mismo lugar, porque él sospechaba que un muchacho de su mismo oficio y de su misma edad, que era algo ladroncillo, le había cogido la bolsa, y que él se comprometía a averiguarlo dentro de pocos o de muchos días.

CON ESTO SE CONSOLÓ ALGO el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se volvió a donde estaba Rincón, que lo había visto todo un poco apartado de él, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla, que vio todo lo que había pasado y cómo Cortado daba el pañuelo a Rincón; y acercándose a ellos, les dijo:

—Díganme, señores galanes: ¿voacedes[14] son de mala entrada, o no?

—No entendemos esas palabras, señor galán —respondió Rincón.

—¿Que no entrevan, señores murcios? —respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia —dijo Cortado—. Si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden? —dijo el mozo—. Pues yo se lo explicaré. Quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ladrones. Aunque no sé para qué les pregunto esto, pues ya sé que lo son. Pero díganme: ¿cómo no han ido a la aduana[15] del señor Monipodio?

—¿Es que se paga en esta tierra impuesto de ladrones, señor galán? —dijo Rincón.

—Si no se paga —respondió el mozo—, por lo menos se registran ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su protector, y así les aconsejo que vengan conmigo a rendirle obediencia, o si no, no se atrevan a hurtar sin su permiso, que les costará caro.

—Yo pensaba —dijo Cortado— que el hurtar era oficio libre, no sujeto a impuestos, y que si se paga es de una vez, con la horca o los azotes; pero puesto que así es y en cada tierra tienen sus costumbres, guardemos nosotros las de esta, que por ser la más principal del mundo serán las más acertadas de todo él. Así que puede vuesa merced guiarnos adonde está ese caballero del que habla, que ya tengo yo sospechas, según lo que he oído decir, que es persona muy capacitada y generosa y sobradamente hábil en el oficio.

—¡Y cómo que es capacitado, hábil y experto! —respondió el mozo—. Lo es tanto, que en cuatro años que hace que tiene el cargo de ser nuestro superior y maestro solo han padecido cuatro en el finibusterrae, treinta envesados y sesenta y dos en gurapas[16].

—En verdad, señor —dijo Rincón—, entendemos tanto esos nombres como sabemos volar.

—Comencemos a andar, que yo los iré aclarando por el camino —respondió el mozo—, junto con algunos otros que les harán tanta falta como el comer.



Y así les fue diciendo y aclarando otros nombres de los que ellos llaman germanescos o de la germanía a lo largo de su conversación, que no fue corta, porque el camino era largo. En el cual dijo Rincón a su guía:

—¿Acaso es vuesa merced ladrón?

—Sí —respondió él—, para servir a Dios y a las buenas personas, aunque no de los muy expertos; que todavía estoy en el año del noviciado[17].

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la gente buena.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en cuestiones de doctrina religiosa; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus protegidos.

—Sin duda —dijo Rincón— debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena —replicó el mozo—, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtemos demos alguna cosa o limosna para el culto[18] de una imagen muy devota que hay en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque hace unos días le dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y aunque estaba débil y sin fuerzas por unas fiebres, las sufrió sin cantar. Y esto lo atribuimos los del oficio a su devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para soportar el primer desconcierto del verdugo. Y puesto que sé que me van a preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselos antes de que me pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias; *ansia* es el tormento; *roznos*, los asnos; *primer desconcierto* es el principio del tormento que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, durante la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el viernes, ni tenemos trato carnal con mujer que se llame María el sábado.

—De perlas me parece todo eso —dijo Cortado—; pero dígame vuesa merced: ¿se hace alguna devolución u otra penitencia además de lo ya dicho?

—De eso de devolver no hay nada que hablar —respondió el mozo— porque es cosa imposible, por las muchas partes en las que se divide lo hurtado entre cada uno de los ministros y contrayentes[19]; de modo que el primero que roba no puede devolver nada; además no hay nadie que nos mande cumplir este requisito, puesto que nunca nos confesamos, y si hay avisos de excomunión, jamás llegan a nuestro conocimiento, porque jamás vamos a la iglesia cuando se leen, a no ser los días en que la Iglesia concede el perdón general a los fieles, por la ganancia que nos ofrece la asistencia de tanta gente.

—¿Y haciendo solo eso dicen esos señores —dijo Cortadillo— que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de malo? —replicó el mozo—. ¿No es peor ser hereje o renunciar a la fe del bautismo o matar al padre y a la madre?

—Todo es malo —replicó Cortado—. Pero puesto que nuestro destino ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced aligere el paso; que me muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Pronto se les cumplirá su deseo —dijo el mozo—, que ya desde aquí se alcanza a ver su casa. Quédense vuesas mercedes en la puerta, que yo entraré a ver si está desocupado, porque estas son las horas en las que él suele recibir visitas.

—Así lo haremos —dijo Rincón.

Y ADELANTÁNDOSE UN POCO EL mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta. Él salió en seguida y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio con el suelo de ladrillos rojizo, muy limpio y fregado. A un lado había un banco de tres pies y al otro un cántaro que tenía el borde roto, con un jarrillo encima, no menos mellado que el cántaro; en otra parte había una estera de enea y, en el medio, un tiesto, que en Sevilla llaman maceta, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente el mobiliario de la casa mientras bajaba el señor Monipodio; y viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una de dos salas pequeñas que había en el patio, y vio en ellas dos espadas de esgrima y dos escudos de corcho, colgados de cuatro clavos, y un baúl grande, sin tapa ni nada que lo cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. Pegada a la pared de enfrente había una estampa de Nuestra Señora, de esas de mala calidad, y más abajo colgaba una esportilla de esparto, y, encajado en la pared, un cuenco blanco, por lo que dedujo Rincón que la esportilla servía de cepillo para limosnas, y el cuenco para el agua bendita, y así era verdaderamente.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de unos veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y poco después, dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, comenzaron a pasearse por el patio. No pasó mucho tiempo hasta que entraron dos viejos vestidos sencillamente, con anteojos, que los hacían serios y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de ruidosas cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja de larga y ancha falda, y, sin decir nada, se fue a la sala, y tras tomar agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de un buen rato, habiendo besado primero el suelo y levantados los brazos y los ojos al cielo varias veces, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio.

En resumen, en poco tiempo se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron de los últimos también dos valientes y robustos mozos, de bigotes largos, sombreros de ala grande, cuellos a la

valona, medias de color, ligas muy vistosas, espadas más largas de lo permitido por la ley, sendos pistoletes cada uno, y sus escudos colgando de la cintura. En cuanto entraron, miraron de reojo a Rincón y Cortado, por ser extraños y desconocidos. Y acercándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí y que se ponían a su servicio.



Llegó entonces el momento en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto por toda aquella virtuosa compañía. Tenía de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años de edad, alto de cuerpo, moreno de rostro; las cejas y la barba negras y muy espesas; los ojos hundidos. Venía en camisa y

por la abertura de delante descubría un bosque: tanto vello tenía en el pecho. Traía puesta una capa de lana fina casi hasta los pies, en los cuales llevaba unos zapatos en chancletas; le cubrían las piernas unos calzones de tela basta, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los que usan los delincuentes, con la copa en forma de campana y amplia ala; le cruzaba por la espalda y el pecho una correa de la que colgaba una espada ancha y corta; las manos eran cortas, peludas, y los dedos, gordos, y las uñas, anchas y recortadas; las piernas no se le veían; pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos que eran. En resumen, parecía el más rústico y deforme bárbaro del mundo. Bajó con él el que les había servido de guía a los dos y cogiéndolos de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Estos son los dos buenos mozuelos de los que hablé a vuesa merced, mi sor Monipodio; vuesa merced los desamine[20] y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió Monipodio.

Se me olvidaba decir que en cuanto Monipodio bajó, al instante, todos los que esperándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos valentones, quienes se quitaron los sombreros a medias, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el oficio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

—El oficio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada ocultar eso que decís; porque si la suerte no viniese como debe, no está bien que quede registrado debajo de firma de escribano[21] diciendo: «Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron», u otra cosa semejante, que, cuanto menos, suena mal a los buenos oídos; y así, vuelvo a decir que es provechoso consejo callar la patria, ocultar los padres y cambiar los propios nombres; aunque entre nosotros no ha de haber nada oculto y únicamente ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.

—Pues de aquí en adelante —respondió Monipodio— quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que cuadran como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, bajo las cuales es necesario saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos por costumbre hacer decir cada año ciertas

misas por las almas de nuestros difuntos y protectores, pagando el estupendo de quien las dice de parte de lo que se garbea, y estas misas, una vez dichas y pagadas, dicen que aprovechan a tales almas por vía de naufragio; y entran dentro de nuestros protectores: el procurador[22] que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Deténganle, deténganle!», uno se pone en medio y se opone a la muchedumbre que le sigue, diciendo: «¡Déjenle al desventurado, que bastante desgracia lleva! ¡Allá él; suficiente castigo tiene con su pecado!». Son también bienhechoras nuestras las prostitutas que con el beneficio de su trabajo nos socorren, en la cárcel y en las galeras; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano porque si está de buenas no hay delito que merezca culpa ni culpa que requiera mucho castigo; y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos[23].

—Ciertamente —dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre— que es obra digna del altísimo y profundísimo talento que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún disfrutan de la vida; si fallecieran daremos enseguida noticia a esta dichosa y protectora confraternidad, para que por sus almas se les haga ese *naufragio* o tormenta, o ese *adversario* que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, a no ser que se haga mejor con *popa* y *soledad*, como también señaló vuesa merced en sus palabras.

—Así se hará, o no quedará de mí un solo pedazo —replicó Monipodio.

Y llamando al guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo; ¿están puestos los vigilantes?

—Sí —dijo el guía—: tres centinelas quedan vigilando, y no hay que temer que nos cojan de improviso.

—Volviendo a nuestro propósito —dijo Monipodio—, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ocupación de acuerdo con vuestra afición y habilidad.

—Yo —respondió Rinconete— sé hacer algunas trampas con las cartas y ayudar en un robo.

—Algo es para empezar —dijo Monipodio—; pero andará el tiempo y ya veremos, que con esa base y media docena de lecciones, yo confío en Dios que saldréis oficial famoso, y aun quizá maestro.

—Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades —respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? —preguntó Monipodio.

—Yo —respondió Cortadillo— sé limpiar los bolsillos con mucha precisión y habilidad.

—¿Sabéis algo más? —dijo Monipodio.

—No, pecador de mí —respondió Cortadillo.

—No os apenéis, hijo —replicó Monipodio—, que a puerto y escuela habéis llegado donde ni os ahogaréis ni dejaréis de salir muy bien enseñado en todo aquello que más os convenga. Y en cuanto al valor, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos va a ir —respondió Rinconete— sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquier plan relacionado con nuestro arte y oficio.

—Está bien —replicó Monipodio—; pero querría yo que también lo tuvieseis para soportar, si fuese necesario, media docena de ansias sin despegar los labios y sin decir «esta boca es mía».

—Ya sabemos —dijo Cortadillo—, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos valor; porque no somos tan ignorantes para no darnos cuenta de que lo que dice la lengua lo paga la gorja[24], y bastante favor le hace el cielo al hombre porque deja en su lengua su vida o su muerte: ¡como si tuviese más letras un no que un sí!

—¡Alto, no hace falta más! —dijo entonces Monipodio—. Digo que este solo razonamiento me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde ahora mismo ingreséis como cofrades mayores[25] y que se os perdone el año del noviciado.

—Yo soy de esa opinión —dijo uno de los valentones.

Y de forma unánime lo confirmaron todos los presentes, que habían estado escuchando toda la conversación, y pidieron a Monipodio que a partir de ese momento les concediese y permitiese gozar de los privilegios de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena conversación lo merecían todo.

Él respondió que, por darles alegría a todos, desde aquel momento se los concedía, advirtiéndoles que los valorasen mucho, porque eran no pagar la mitad del primer hurto que hiciesen; no hacer en todo aquel año oficios menores, es decir, no llevar recados de ningún hermano mayor[26] a la cárcel, ni a la casa, de parte de sus clientes; beber vino puro; organizar banquetes cuando, como y donde quisieran, sin pedir permiso a su superior; entrar en el reparto de lo que robasen los hermanos mayores, como uno más de ellos, y otras cosas que ellos tomaron por favor destacadísimo.

ESTANDO EN ESTO, ENTRÓ un muchacho corriendo sin aliento y dijo:

—El alguacil de los vagabundos viene en camino hacia esta casa, pero no trae con él a ningún guro.

—Nadie se inquiete —dijo Monipodio—, que es amigo y nunca viene para perjudicaros. Sosiéguense, que yo saldré a hablarle.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le ha tocado hoy la plaza de San Salvador?

—A mí —dijo el guía.

—Pues ¿cómo —dijo Monipodio— no se me ha mostrado una bolsilla que esta mañana en aquel lugar desapareció con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

—Es verdad —dijo el guía— que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo sospechar quién la habrá tomado.

—¡No valen engaños conmigo! —dijo Monipodio—. ¡La bolsa tiene que aparecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil favores al año!



Volvió a jurar el mozo que no sabía nada de ella. Comenzó a enfurecerse Monipodio de manera que parecía que lanzaba fuego vivo por los ojos, diciendo:

—¡Nadie se burle ni quebrante la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Que aparezca la bolsa, y si alguno la oculta por no pagar los derechos, yo le daré todo lo que le corresponda de mi dinero, porque en cualquier caso, ha de ir contento el alguacil.

Volvió de nuevo a jurar el mozo y a echarse maldiciones, diciendo que él no había tomado tal bolsa ni la había visto con sus ojos; todo lo cual añadió más fuego a la cólera de Monipodio e hizo que toda la junta se inquietase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta discordia y alboroto, le pareció que sería bueno sosegar y dar contento a su superior, que reventaba de rabia, y poniéndose de acuerdo con su amigo Cortadillo, sacó la bolsa del sacristán y dijo:

—Cese la discusión, señores míos; que esta es la bolsa, sin que le falte nada de lo que el alguacil declara; que hoy mi camarada Cortadillo la consiguió, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

Enseguida sacó Cortadillo el pañuelo y lo puso a la vista; viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo *el Bueno*, que con este título y sobrenombre ha de quedar de aquí en adelante, se quede con el pañuelo y cárguese a mi cuenta la reparación de este trabajo; y la bolsa se la ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: «No es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna de ella». Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la nobleza de los dos novicios y la decisión y la opinión de su superior, el cual salió a dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el sobrenombre de Bueno, como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno*[27], que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

Al volver Monipodio, entraron con él dos mozas, maquillados los rostros, llenos de color los labios y de polvos blancos los pechos, cubiertas con mantos cortos de lana, llenas de desenfado y desvergüenza; señales claras por las que Rinconete y Cortadillo supieron que eran prostitutas, y no se equivocaron en nada. Y en cuanto entraron se fueron con los brazos abiertos, la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que estos eran los nombres de los dos valentones; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado como castigo. Ellos las abrazaron con gran regocijo, y les preguntaron si traían algo para mojar la garganta.

—Pues ¿iba a faltar? —respondió la una, que se llamaba la Gananciosa—. No tardará mucho en venir tu criado Silbatillo, con la canasta repleta de lo que Dios ha tenido a bien proporcionarnos.



Y así fue, porque al instante entró un muchacho con una canasta de mimbre cubierta con una sábana.

Se alegraron todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen en círculo; porque una vez satisfecho el apetito, se trataría de lo que fuera conveniente. A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque desde hace dos días tengo un mareo de cabeza que me trae loca; y además, antes de que sea mediodía tengo que ir a cumplir mis devociones y poner mis velitas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de San Agustín, que no lo dejaría de hacer aunque nevase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y llegaron sudando la gota gorda, que era una lástima verlos entrar jadeando y con el sudor corriéndoles por el rostro, que parecían unos angelicos. Me dijeron que iban siguiendo a un ganadero que había vendido al peso ciertos carneros en la Carnicería, por ver si le podían dar un tiento a la grandísima bolsa de reales que llevaba. No sacaron ni contaron la ropa, confiados en la rectitud de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos del poder de los jueces que no he tocado la canasta y que está entera.

—Todo se le cree, señora madre —respondió Monipodio—, y quédese así la canasta, que yo iré allá, al anochecer, y haré recuento de lo que tiene, y daré a cada uno lo que le corresponda, bien y fielmente, como acostumbro.

—Sea como vos lo ordenéis, hijo —respondió la vieja—; y puesto que se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desfallecido anda siempre.

—¡Claro que lo beberéis, madre mía! —dijo entonces la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y en la canasta, apareció una bota de cuero, con dos arrobas de vino, y un vaso de corcho en el que podría caber tranquilamente hasta un azumbre[28]; y llenándolo la Escalanta, se lo puso en las manos a la devotísima vieja, la cual, tomándolo con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo.

Y acercándoselo a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo trasvasó del vaso al estómago, y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; aunque me temo que me va a sentar mal, porque no he desayunado.

—No le sentará mal, madre —respondió Monipodio—, porque tiene tres años de solera.

—Así lo espero yo de la Virgen —respondió la vieja.

Y añadió:

—Mirad, niñas, si casualmente tenéis algún cuarto para comprar las velitas de mi devoción, porque con la prisa y gana que tenía de venir a traer las noticias de la canasta se me olvidó en casa la bolsa del dinero.

—Yo tengo, señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja) —respondió la Gananciosa—; tome, ahí le doy dos cuartos; de uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, póngale la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de los ojos, también le tengo devoción; pero no tengo suelto; otro día habrá en que se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y no seas miserable: que es de mucha importancia llevar uno las velas antes de que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos.

—Bien habla la madre Pipota —dijo la Escalanta.

Y echando mano a la bolsa, le dio otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos velitas a los santos que a ella le pareciese que eran de los más provechosos y agradecidos. Así se fue la Pipota, diciéndoles:

—Divertíos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad, como yo los lloro; y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque Él nos libre y conserve en nuestro trabajo sin sobresaltos por causa de la justicia.

Y dicho esto, se fue.

IDA LA VIEJA, SE SENTARON todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana a modo de mantel; y lo primero que sacó de la cesta fue un gran manojo de rábanos y dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacalao frito. Sacó luego medio queso de Flandes, y una olla de deliciosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, acompañados con sus alcaparrones en vinagre, y tres hogazas blanquísimas de pan.



Serían los del almuerzo unos catorce, y ninguno de ellos dejó de sacar su cuchillo de mango amarillo, menos Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos y al guía les tocó servir el vino con el vaso de corcho. Pero apenas habían empezado a echarles mano a las naranjas, cuando a todos los sobresaltaron los golpes que dieron en la puerta. Les mandó Monipodio que

se calmasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un escudo, con la mano en la espada, llegó a la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy, que no hay peligro, señor Monipodio: Tagarete soy, centinela de esta mañana, y vengo a decir que aquí viene Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece que le ha sucedido un desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó a Tagarete que se volviese a su puesto y que de allí en adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido. Él dijo que así lo haría. Entró la Cariharta, que era una moza del tipo de las otras y del mismo oficio. Venía despeinada y con la cara llena de golpes, y en cuanto entró en el patio se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la encontraron toda amoratada y magullada. Le echaron agua en el rostro, y ella volvió en sí, diciendo a voces:

—¡La justicia de Dios y del Rey caiga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde ratero, sobre aquel pícaro piojoso, que le he librado más veces de la horca que pelos tiene en las barbas! ¡Desdichada de mí! ¡Mirad por quién he perdido y consumido mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, criminal e incorregible!

—Cálmate, Cariharta —dijo entonces Monipodio—, que aquí estoy yo, que te haré justicia. Cuéntanos tu caso, que más tardarás tú en contarlo que yo en vengarte; dime si has tenido alguna pelea con tu respeto, que si así es y quieres venganza, no tienes más que boquear[29].

—¿Qué respeto? —respondió Juliana—. Respetada me vea yo en los infiernos si lo fuera más por aquel, que es un león con las ovejas y, sin embargo, se comporta como un cordero con los hombres. ¿Con aquel iba yo a compartir la mesa ni la cama? Antes me vea yo comidas de chacales estas carnes, que me ha dejado de la manera que ahora veréis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales.

—De esta manera —prosiguió— me ha dejado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que lo parió. Y, ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¡Anda que le di yo motivo para ello! No, ciertamente, lo hizo solo porque estando jugando y perdiendo, me envió a Cabrillas, su criado, para pedirme treinta reales, y no le envié más de veinticuatro. ¡Que el trabajo y afán con que yo los había ganado ruego yo a los cielos que vayan en descuento de mis pecados! Y en pago de esta cortesía y buena obra, creyendo

él que yo le sisaba algo de la cuenta que él, allá en su imaginación, había hecho de lo que yo podía tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la Huerta del Rey y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la correa, me dio tantos azotes, que me dejó por muerta. De esta verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí volvió a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los valentones que allí estaban. La Gananciosa fue la primera en consolarla, diciéndole que ella daría de muy buena gana una de las mejores joyas que tenía porque le hubiese pasado algo así con su querido.

—Porque quiero —dijo— que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que lo que bien se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacos nos dan, y azotan, y patean, entonces nos adoran; si no, confiésame una verdad, por tu vida: después de haberte castigado y maltratado Repolido, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? —respondió la llorona—. Cien mil me hizo, y habría dado un dedo de la mano para que me hubiese ido con él a su posada; e incluso me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay que dudar de eso —replicó la Gananciosa—. Y lloraría de pena de ver cómo te había puesto: que tales hombres, en tales casos, no han cometido la culpa cuando ya les viene el arrepentimiento. Y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes que de aquí nos vayamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—Verdaderamente —respondió Monipodio— que no ha de entrar por estas puertas el maldito cobarde si antes no hace penitencia del delito cometido. ¿Las manos iba él a atreverse a ponerlas en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo ella persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa, que está delante, que más no la puedo elogiar?

—¡Ay! —dijo en aquel momento la Juliana—. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito: que tan malo como es, le quiero más que a las telas de mi corazón y me han devuelto el alma al cuerpo las palabras que en su defensa me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y de verdad que estoy por ir a buscarle.

—Eso no lo harás tú por mi consejo —replicó la Gananciosa—, porque se crecerá y se hinchará y te rajará como a un cuerpo muerto. Cálmate, hermana,

que dentro de poco le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniese, le escribiremos unas coplillas que le hagan sufrir.

—¡Eso sí! —dijo la Cariharta—; ¡que tengo mil cosas que escribirle!

—Yo seré el secretario cuando sea necesario —dijo Monipodio—; y aunque no soy nada poeta, si me lo propongo, me voy a atrever a hacer dos millares de coplas en un santiamén; y si no salieran como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos encajará los versos cuando queramos; y ahora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

Se quedó contenta la Juliana de obedecer a su superior, y así, todos volvieron a su banquete, y en poco tiempo vieron el fondo de la canasta y los posos de la bota. Los viejos bebieron sin límite; los mozos, en abundancia; las señoras, reiteradamente. Los viejos pidieron permiso para irse. Se lo dio en seguida Monipodio, encargándoles que volviesen a dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen que pudiese ser útil y provechoso a la comunidad. Respondieron que ellos estaban bien atentos, y se fueron.

Rinconete, que por naturaleza era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio de qué servían en la cofradía dos personajes tan ancianos, tan serios y de tan buena presencia. A lo cual respondió Monipodio que aquellos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban avispones, y que servían para andar de día por toda la ciudad avispando en qué casas se podía robar de noche, y para seguir a los que sacaban dinero de la Contratación, o de la Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban, e incluso dónde lo ponían; y sabiéndolo, tanteaban el grosor del muro de la casa y diseñaban el lugar más apropiado para hacer los guzpátaros —que son agujeros— para facilitar la entrada.

En resolución, dijo que era la gente de más provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su habilidad se hurtaba llevaban la quinta parte, como su Majestad de los tesoros; y que, a pesar de todo esto, eran hombres de buena fe y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con especial devoción.

—Y algunos de ellos son tan considerados, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestras tarifas les toca. Hay otros dos que son cargadores, los cuales, como constantemente realizan mudanzas de casas, conocen las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho y cuáles no.

—Todo me parece de perlas —dijo Rinconete—, y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo a los buenos deseos —dijo Monipodio.

ESTANDO EN ESTA CONVERSACIÓN, llamaron a la puerta; salió Monipodio a ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, *sor* Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando la suya, dijo:

—¡No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra a esa fiera!

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se metió en la sala de los escudos, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro, a grandes voces decía:

—Quítenme de delante a ese malencarado, a ese verdugo de inocentes, que atemoriza a las palomas mansas.

Maniferro y Chiquiznaque contenían a Repolido, que de cualquier forma quería entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde fuera:

—¡No haya más disgusto, furiosa mía; por tu vida que te calmes, así te veas casada!

—¿Casada yo, maligno? —respondió la Cariharta—. ¡Mira con lo que sale! ¡Ya quisieras tú que lo estuviera contigo, pues antes lo estaría yo con un esqueleto que contigo!

—¡Ea, boba! —replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y no te vayas a crecer al verme hablar tan dócil y venir tan humilde; porque, ¡vive el Creador!, que si se me sube la furia a la cabeza, será peor la recaída que la caída. Contente, y nos contendremos todos, y no demos de comer al diablo[30].

—E incluso de cenar le daría yo —dijo la Cariharta— porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo? —dijo Repolido—. ¡Por Dios que me estoy oliendo que va a sacarme de quicio!

Entonces dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber excesos: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por el afecto que me tiene, y todo se hará bien: que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor deleite cuando se hacen las

paces. ¡Ah Juliana! ¡Ah niña! ¡Ah Cariharta mía! Sal aquí fuera, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

—Si él hace eso —dijo la Escalanta—, todas nos pondremos de su parte y rogaremos a Juliana que salga aquí fuera.

—Si lo que se pretende es la rendición con deshonor de mi persona —dijo el Repolido— no me rendiré ni ante un ejército; pero si es porque la Cariharta así lo quiere, no solo me hincaré de rodillas, sino que un clavo me hincaré en la frente para servirla.

Se rieron de esto Chiquiznaque y Maniferro, por lo que se enfadó mucho el Repolido, pensando que se burlaban de él, y dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se ría o piense reírse de lo que hemos dicho o digamos, la Cariharta contra mí, o yo contra ella, digo que miente y mentirá todas las veces que se ría o lo piense, como ya he dicho.

Se miraron Chiquiznaque y Maniferro con tan mal semblante, que Monipodio se dio cuenta de que todo acabaría en un gran mal si no lo remediaba; y así, poniéndose en seguida entre ellos, dijo:

—No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí mismo las palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y puesto que las que se han dicho no obligan a coger la espada, nadie las tenga en cuenta.

Y oyendo esto, el Repolido iba a salir por la puerta.

Escuchándolo estaba la Cariharta, y cuando sintió que se iba enfadado, salió diciendo:

—¡Deténganle, que no se vaya, que hará de las suyas! ¿No ven que va furioso? ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

Y enfrentándose con él, le cogió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio, le detuvieron.

Chiquiznaque y Maniferro no sabían si irritarse o no y se quedaron quietos esperando a ver qué haría Repolido; el cual, viendo los ruegos de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de causar enojo a los amigos ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo —respondió Maniferro— que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, que se den las manos los amigos.

A lo que dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos digo que se den las manos de amigos.

Se las dieron en seguida, y la Escalanta, quitándose un zapato, comenzó a tocar en él como si fuera un pandero; la Gananciosa tomó una escoba nueva, que allí se encontró casualmente, y, frotándola, sacó un sonido que, aunque ronco y áspero, se acompasaba con el del zapato. Monipodio rompió un plato e hizo dos trozos con los que, puestos entre los dedos y golpeados con gran ligereza, llevaba el contrapunto al zapato y a la escoba.

Se sorprendieron Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Se dio cuenta Maniferro y les dijo:

—¿Se asombran de la escoba? Pues bien hacen, pues música más rápida y más fácil, ni más barata, no se ha inventado en el mundo; y ciertamente que oí decir el otro día a un estudiante que no hay mejor clase de música, tan fácil de aprender, tan sencilla de tocar, sin trastes, clavijas ni cuerdas, y sin necesidad de afinar; y digo más, que dicen que la inventó un galán de esta ciudad.

—Eso lo creo yo muy bien —respondió Rinconete—; pero escuchemos lo que van a cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era de verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las habituales; pero la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz delicada cantó lo siguiente:

Por un sevillano rufo a lo valón
tengo socarrado todo el corazón[31].

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa en el meneo de sus castañuelas, dijo:

Riñen dos amantes; hácese la paz;
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta dejar pasar su alegría en silencio, porque tomando otro zapato, se metió en la danza, y acompañó a las demás diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más:
que si bien lo miras, a tus carnes das.



—Cántese sin segundas —dijo entonces Repolido—, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué tocarlas: lo pasado sea pasado, y tómese otro camino, y basta.

Trazas llevaban de no acabar tan pronto el comenzado cántico, si no hubieran sentido que llamaban a la puerta con prisa, y deprisa salió Monipodio a ver quién era. El centinela le dijo que al final de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante de él venían el Tordillo y el Cernícalo, ayudantes que no estaban sobornados. Lo oyeron los de dentro, y se alborotaron todos de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus zapatos al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus castañuelas, y quedó en intranquilo silencio toda la música; enmudeció Chiquiznaque, se asombró el Repolido y quedó atónito Maniferro, y todos, unos por un lado, otros por otro, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados, para escaparse y pasar por ellos a otra calle.

Nunca un disparo inesperado ni un trueno repentino espantó así una bandada de desprevenidas palomas como puso en alboroto y espanto a toda aquella reunión de buenas gentes la noticia de la llegada del alcalde de la justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacer, se quedaron quietos, esperando a ver en qué terminaba aquella repentina tormenta, que terminó al volver el centinela para decir que el alcalde había pasado de largo, sin dar muestra ni recelo de sospecha alguna.

Y ESTANDO LOS CENTINELAS DICIENDO esto a Monipodio, llegó un caballero joven a la puerta, vestido, como se suele decir, sin formalidad. Monipodio entró con él, y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y pidió que de los demás no bajase ninguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la conversación que mantuvo Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encargado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho; pero que allí estaba el encargado de su negocio, y que él daría muy buena cuenta de su trabajo.

Bajó mientras tanto Chiquiznaque, y le preguntó Monipodio si había cumplido con la tarea que se le había encargado de la cuchillada de catorce[32].

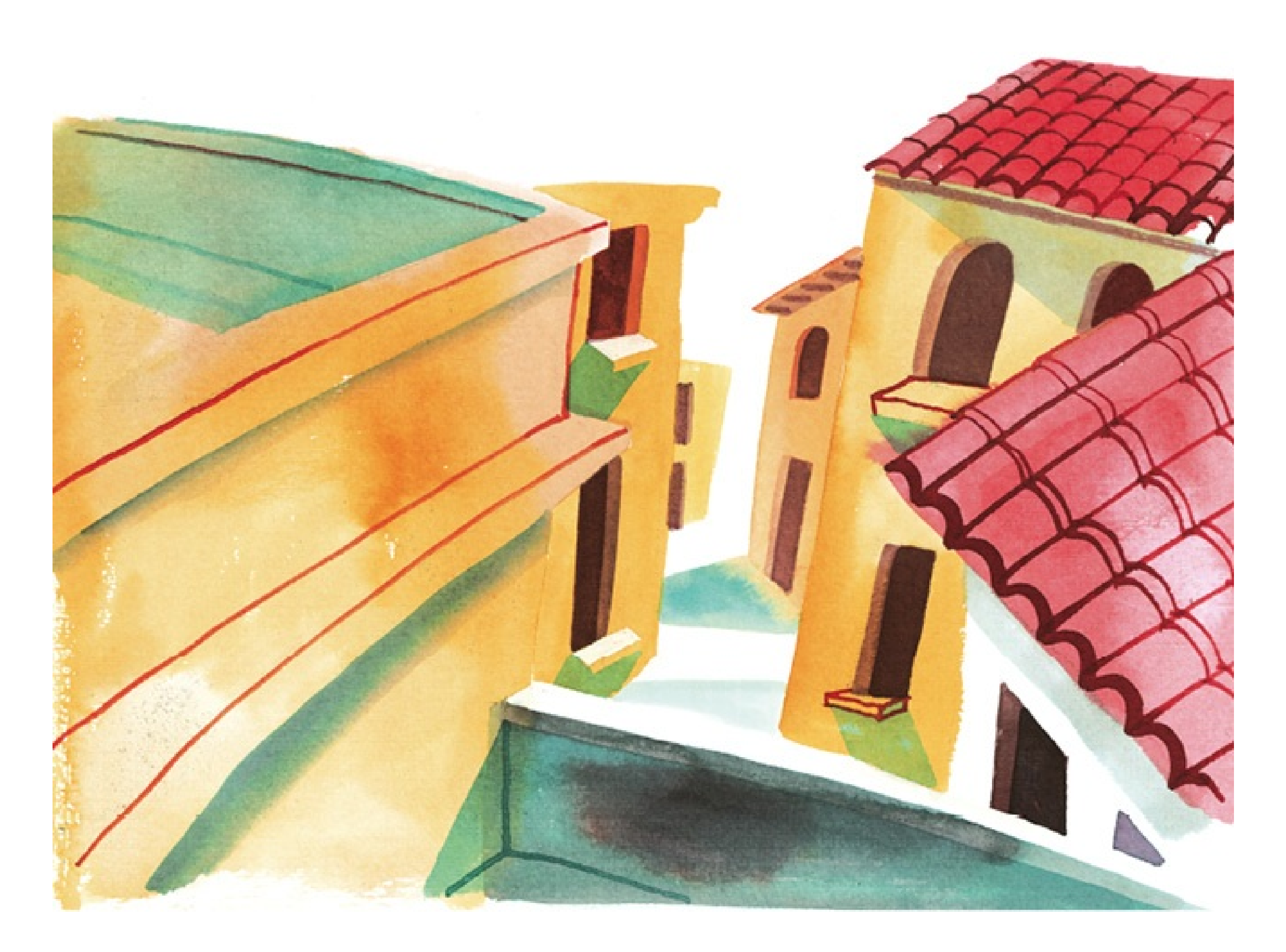
—¿Cuál? —respondió Chiquiznaque—. ¿Es la de aquel mercader de la Encrucijada?

—Esa es —dijo el caballero.

—Pues lo que pasa —respondió Chiquiznaque— es que yo le esperé anoche a la puerta de su casa, y él llegó antes del anochecer; me acerqué a él, le medí el rostro con la vista, y vi que lo tenía tan pequeño que era totalmente imposible que cupiera en él una cuchillada de catorce puntos; y resultando imposible cumplir lo prometido y hacer lo que llevaba en mi destrucción…

—Instrucción querrá decir vuesa merced —dijo el caballero—, que no *destrucción*.

—Eso quise decir —respondió Chiquiznaque—. Digo que viendo que en la estrechez y pequeñez de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, para que no fuese mi ida en balde, le di la cuchillada a un criado suyo, que seguro que la pueden considerar de marca mayor.



—Más quisiera —dijo el caballero— que se le hubiera dado al amo una de siete que al criado la de catorce. Así pues, conmigo no se ha cumplido como correspondía; pero no importa; poco perjuicio me harán los treinta ducados que dejé de señal. Beso a vuesas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió la espalda para irse; pero Monipodio le cogió de la capa que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha prontitud: veinte ducados faltan, y no saldrá de aquí voacé sin darlos, o sin dejar algunas prendas que lo valgan.

—Pues ¿a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra —respondió el caballero—: dar la cuchillada al criado en vez de darla al amo?

—¡Qué bien se entera el señor! —dijo Chiquiznaque—. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can[33]».

—¿Pues de qué manera puede venir aquí a propósito ese refrán? —replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo —prosiguió Chiquiznaque— decir: «Quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can»? Y así, si a Beltrán que es el mercader,

voacé le quiere mal, y si su lacayo es su can, y dando al can se da a Beltrán está claro que la deuda queda liquidada.

—Eso lo juro yo —añadió Monipodio—, y de la boca me has quitado, Chiquiznaque, amigo, todo cuanto aquí has dicho; y así, voacé, señor galán, no se meta en discusiones con sus servidores y amigos, sino que tome mi consejo y pague ahora lo trabajado y si desea que se le dé otra al amo, del tamaño que puede caber en su rostro, considere que ya se la están curando.

—Si es así —respondió el galán—, de muy buena gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude de esto —dijo Monipodio— que Chiquiznaque se la dará ajustada a su rostro, de manera que parezca que con ella nació.

—Pues con esa seguridad y promesa —respondió el caballero—, reciban esta cadena en prenda de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la futura cuchillada. Pesa mil reales, y podría ser que se quedase corta para pagarlo todo, porque sospecho que serán necesarios otros catorce puntos dentro de poco.

Se quitó en esos momentos del cuello una cadena de eslabones pequeños y se la dio a Monipodio, que por el color y el peso bien vio que no era falsa. Monipodio la recibió con mucha satisfacción y cortesía, porque era extremadamente educado; la ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que solamente dio como plazo aquella noche. Se fue muy satisfecho el caballero, y después Monipodio llamó a todos los ausentes y asustados. Bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro para anotaciones que traía en la capucha de la capa, y se lo dio a Rinconete para que lo leyese, porque él no sabía. Lo abrió Rinconete, y en la primera hoja vio que decía: RELACIÓN DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA.



La primera, al mercader de la Encrucijada: vale cincuenta escudos. Se han entregado, a cuenta, treinta. Secutor[34], *Chiquiznaque*.

—No creo que haya otra, hijo —dijo Monipodio—; pasad adelante y mirad donde dice: *Memoria de palos*.

Volvió la hoja Rinconete, y vio que en otra estaba escrito: *Memoria de palos*. Y más abajo decía:

Al tabernero de la Alfalfa, doce palos de mayor cuantía a escudo cada uno. Están entregados, a cuenta, ocho. El plazo, seis días. Secutor, Maniferro.

—Bien podría borrarse ese apunte —dijo Maniferro—, porque esta noche quedará rematado.

—¿Hay más, hijo? —dijo Monipodio.

—Sí, otra —respondió Rinconete— que dice así:

Al sastre jorobado a quien por mote llaman el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a solicitud de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

—Sorprendido estoy —dijo Monipodio— de que todavía esté ese apunte sin resolver. Sin duda alguna debe de estar enfermo el Desmochado, pues han pasado dos días del plazo y no ha dado comienzo a ese trabajo.

—Yo me lo encontré ayer —dijo Maniferro—, y me dijo que por haber estado en casa enfermo el jorobado no había cumplido con su deuda.

—Así lo creo yo —dijo Monipodio—, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan razonable impedimento, ya él habría dado término a asuntos más importantes. ¿Hay más, mocito?

—No, señor —respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante —dijo Monipodio—, y mirad donde dice: *Relación de ofensas comunes*.

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito: *relación de ofensas comunes, tales como: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos*[35]*, etcétera*.

—¿Qué dice más abajo? —dijo Monipodio.

—Dice —dijo Rinconete— *unto de miera en la casa…*

—No hace falta leer la casa, que yo ya sé dónde es —respondió Monipodio—, y yo soy el responsable y ejecutor de esa niñería, y se han dado a cuenta cuatro escudos, y el total son ocho.

—Así es verdaderamente —dijo Rinconete—, que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice: *Clavazón de cuernos*.

—No se lea tampoco —dijo Monipodio— la casa ni adónde, que basta que se les haga la ofensa, sin que se diga en público: que es un gran cargo de conciencia. Yo por lo menos prefiero clavar cien cuernos y otros tantos

sambenitos, si se me paga mi trabajo, que decirlo una sola vez, aunque fuese a la madre que me parió.

—El ejecutor de esto es —dijo Rinconete— el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado —dijo Monipodio—. Mirad si hay más, que si mal no me acuerdo, tiene que haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el plazo es todo el mes en el que estamos, y se cumplirá al pie de la letra, sin que falte lo más mínimo, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de mucho tiempo a esta parte. Dadme el libro, muchacho, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flojo el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro y habrá que hacer más de lo que quisiéramos, que no se mueve una hoja sin la voluntad de Dios, y no tenemos que hacer nosotros que nadie se vengue por la fuerza. Además cada uno en su casa suele ser valiente y no quiere pagar por un trabajo que él puede hacer con sus propias manos.

DIJO ENTONCES EL REPOLIDO: así es. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde y va entrando el calor deprisa.

—Lo que hay que hacer —respondió Monipodio— es que todos se vayan a sus puestos, y nadie se cambie hasta el domingo, que nos reuniremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiera caído, sin perjudicar a nadie. A Rinconete el Bueno y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la Torre del Oro, por fuera de la ciudad, hasta la puerta del Alcázar, donde pueden trabajar sin esfuerzo con sus trampas; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos sacar cada día más de veinte reales en calderilla, además de las monedas de plata, con una sola baraja. Ganchoso os enseñará este distrito; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, no importa, aunque es ley que nadie se meta en el territorio de nadie.

Le besaron la mano los dos por el favor que se les hacía, y se ofrecieron a hacer su oficio bien y fielmente, con total cuidado y discreción.

Sacó, en ese momento, Monipodio un papel doblado de la capucha de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y le dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; pero como no había tintero, le dio el papel para que se lo llevase, y en el primer boticario que encontrase los escribiese, poniendo: «Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, fullero; Cortadillo, ratero», y el día, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto, entró uno de los viejos avispones y dijo:

—Vengo a decir a vuesas mercedes que ahora mismo me he encontrado a Lobillo el de Málaga, y que me ha dicho que ha mejorado en su arte de tal manera, que con cartas sin trucar quitará el dinero al mismo Satanás; y que por llegar agotado no viene enseguida a registrarse y a dar la obediencia acostumbrada; pero que el domingo estará aquí sin falta.

—Siempre pensé —dijo Monipodio— que este Lobillo sería único en su arte, porque tiene las mejores y más apropiadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanta necesidad tiene de buenos instrumentos con que ejercerlo como de capacidad para aprenderlo.

—También me encontré —dijo el viejo— en una posada, de la calle de Tintores, al Judío, con un hábito de cura, que se ha trasladado allí al saber que dos caballeros enriquecidos en las Indias viven en la misma casa, y querría ver si pudiera entablar juego con ellos aunque fuese de poca cantidad, pues más tarde podría llegar a mucha. Dice también que el domingo no faltará a la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese Judío también —dijo Monipodio— es un águila y tiene gran conocimiento. Hace días que no le he visto, y no hace bien, pues si no se enmienda, yo le quitaré el hábito. ¿Hay alguna otra cosa?

—No —dijo el viejo—; por lo menos que yo sepa.

—Pues así sea —dijo Monipodio—. Voacedes tomen esta miseria —y repartió entre todos cuarenta reales—, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo robado.

Todos le volvieron a dar las gracias. Se volvieron a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro y la Ganànciosa con Chiquiznaque, acordando que aquella noche, después de terminar el trabajo, se viesen en casa de la Pipota, donde también dijo Monipodio que iría a registrar la canasta y que luego iría a cumplir y borrar el apunte de la miera. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo, y echándoles su bendición, los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada fija, porque así convenía al bienestar de todos. Los acompañó Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, recordándoles que no faltasen el domingo, porque, según creía, Monipodio iba a leer una lección magistral sobre las cosas relativas a su arte. Con esto se fue, dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía buenas inclinaciones, y como había andado con su padre en el oficio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje y le daba gran risa pensar en las palabras que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, sobre todo cuando por decir *per modum sufraggi* había dicho *per modo de naugrafio*; y que sacaban el *estupendo*, en vez de decir estipendio, de lo que se robaba, con otros mil despropósitos (especialmente le hizo gracia cuando la Cariharta dijo que el trabajo que había pasado ganando los veinte y cuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados). Sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían y la confianza en irse al cielo si no faltaban a sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas a Dios. Y se reía de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta hurtada, guardada en su casa y se iba a poner velitas de cera a las imágenes y con ello pensaba irse al cielo sin más. No menos le asombraba la obediencia y

respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de anotaciones y los trabajos en que todos se ocupaban.

Finalmente, le admiraba qué descuidada era la justicia de aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues de forma descarada vivía en ella gente tan mala y tan contraria a la misma naturaleza, y se propuso aconsejar a su compañero que no permaneciesen mucho tiempo en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta, y tan desordenada y viciosa. Pero, a pesar de esto, por sus pocos años y por su poca experiencia, siguió con ella algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura, y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de la infame academia, que todos serán de gran consideración y que podrán servir de ejemplo y consejo a los que los lean.



La ilustre fregona



NO HACE MUCHOS AÑOS QUE en Burgos, ciudad ilustre y famosa, vivían dos caballeros distinguidos y ricos: uno se llamaba don Diego de Carriazo, y otro, don Juan de Avendaño. Don Diego tuvo un hijo, a quien llamó con su mismo nombre, y don Juan otro, a quien puso don Tomás de Avendaño. A estos dos caballeros jóvenes, puesto que serán los principales personajes de esta historia, para evitar y ahorrar letras, les llamaremos solo con los nombres de Carriazo y Avendaño.

Trece años, o poco más, tendría Carriazo cuando, movido por su afición a la vida picaresca, sin que le forzara a ello ningún maltrato que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y capricho, se escapó de casa de sus padres y se fue por el mundo adelante. Tan contento estaba de la vida libre, que en medio de las incomodidades y miserias que esta trae consigo, no echaba de menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le molestaba, ni el calor le enfadaba. Para él todas las estaciones del año eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en los sembrados como en los colchones; con tanto gusto se tendía en un pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de finísimo hilo. En resolución, llegó a ser tan experto en la vida de pícaro, que habría podido dar lecciones al famoso de Alfarache[1].



En tres años que tardó en aparecer y volver a su casa aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las ventas de Toledo, y a presa y pinta[2] en la muralla de Sevilla; pero, aun siéndole propias a este género de vida la miseria y la escasez, mostraba Carriazo en sus cosas que era noble: de lejos, en mil señales, demostraba que era de buena cuna, porque era generoso y

desinteresado con sus camaradas. Visitaba pocas veces las tabernas, y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo ser incluido entre los que llaman borrachos, a los que, en cuanto beben algo de más, se les pone el rostro como si se lo hubiesen maquillado con polvos rojos. En fin, en Carriazo vio el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente prudente.

Pasó por todos los grados de pícaro hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara[3], que son el no va más de la picaresca. Allí está la suciedad limpia, la gordura saludable, el hambre dispuesta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las peleas constantemente, las muertes a cuchilladas a cada instante, las obscenidades a cada paso, los bailes como en las bodas. Aquí se canta, allí se blasfema, más allá se riñe, aquí se juega, y por todos los lados se hurta. Allí triunfa la libertad y brilla el trabajo; allí muchos padres ilustres van, o envían a buscar a sus hijos, y los encuentran; y tanto sienten estos que los saquen de aquella vida como si se los llevaran a darles muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado tiene una amarga pesadumbre y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara a Berbería[4]. Pero no fue motivo este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos a darse la buena vida. El último verano le fue tan bien la suerte, que ganó a las cartas cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse y volverse a Burgos y a los ojos de su madre, que había derramado por él muchas lágrimas. Se despidió de sus amigos, que tenía muchos y muy buenos, y les prometió que el verano siguiente estaría con ellos si enfermedad o muerte no lo impidiesen. Dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó a aquellas secas arenas. Y por estar ya acostumbrado a caminar a pie, se puso en camino y sobre dos alpargatas llegó desde Zahara hasta Valladolid tan contento. Permaneció allí quince días para recuperar el color claro de la piel de su rostro y cambiar la ropa sucia de pícaro por el vestido limpio de caballero.

Todo esto hizo gracias a quinientos reales con los que llegó a Valladolid, y todavía reservó cien para alquilar una mula y un mozo, con lo que pudo presentarse ante sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes fueron a darles la enhorabuena por la feliz llegada del señor don Diego de Carriazo, su hijo. Entre los que vinieron a ver al recién llegado estaban don Juan de Avendaño y su hijo don Tomás, con quien Carriazo, por ser ambos de la misma edad y vecinos, comenzó una amistad estrechísima.

CONTÓ CARRIAZO A SUS PADRES y a todos mil magníficas y largas mentiras de cosas que le habían sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca aludió, ni de lejos, a las almadrabas, aunque en ellas tenía puesta constantemente la imaginación, especialmente cuando vio que se acercaba el tiempo en el que había prometido a sus amigos volver. Ni le divertía la caza, en la que su padre le ocupaba, ni le agradaban los muchos y apetitosos convites que en aquella ciudad se acostumbra a hacer. Todo entretenimiento le aburría, y a cualquier diversión que se le ofrecía prefería la que había disfrutado en las almadrabas.

Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico y pensativo, confiado en su amistad, se atrevió a preguntarle la causa, y se ofreció para remediarla, si pudiese y fuese necesario, con su propia sangre. No quiso Carriazo ocultársela, por no hacer ofensa a la gran amistad que se tenían; y así le contó, sin perder detalle, la vida de los pescadores y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacían del deseo que tenía de volver a ella; se la pintó de tal manera que Avendaño, cuando le acabó de oír, le alabó su deseo en vez de reprochárselo.

El fin de la conversación fue que Carriazo predispuso el ánimo de Avendaño de manera que decidió irse con él a gozar un verano de aquella felicísima vida que le había descrito, de lo cual quedó extremadamente contento Carriazo, por parecerle que había ganado un apoyo que ennobleciese su indigna decisión. Planearon, asimismo, juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que hallaron fue el siguiente: en el plazo de dos meses tenía que ir Avendaño a Salamanca, donde por su gusto había estado tres años estudiando las lenguas griega y latina; como su padre quería que siguiese adelante e hiciese los estudios que él quisiera, con el dinero que le diese habría suficiente para lo que deseaban.

En ese tiempo planteó Carriazo a su padre que tenía deseo de irse con Avendaño a estudiar a Salamanca. Se puso su padre tan contento de ello, que hablando con el de Avendaño, acordaron ponerles casa juntos en Salamanca, con todos los requisitos que requería el ser hijos suyos.

Llegó el tiempo de la partida, les proporcionaron dinero y enviaron con ellos un ayo[5] para que los guiase, que tenía más de bondadoso que de hábil. Los padres dieron consejos a sus hijos sobre lo que tenían que hacer y sobre cómo se tenían que comportar para hacer progresos en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus esfuerzos y desvelos, principalmente los de buena cuna. Se mostraron los hijos humildes y obedientes; lloraron las madres; recibieron la bendición de todos; se pusieron en camino con mulas propias y con dos criados de casa, además del ayo, que se había dejado crecer la barba para darle autoridad a su cargo.

Cuando llegaron a la ciudad de Valladolid, le dijeron al ayo que querían permanecer en aquel lugar dos días para verlo, porque nunca lo habían visto ni habían estado allí. Los reprendió mucho el ayo, severa y ásperamente, por la parada, diciéndoles que los que iban a estudiar con tanta prisa como ellos no debían detenerse ni una hora a mirar niñerías, cuanto menos dos días, y que él se sentiría culpable si dejaba que se detuvieran un solo instante, y que se marchasen en seguida, y si no, que se atuviesen a las consecuencias.

Hasta aquí llegaba la habilidad del señor ayo, o mayordomo, como queramos llamarlo. Los muchachos, que ya habían hecho su agosto, pues ya habían robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su tutor, le dijeron que les dejase solo aquel día, en el cual querían ir a ver la fuente de Argales, cuya agua estaban comenzando a conducir a la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. Aunque con dolor de su alma, les dio permiso.

Los muchachos, con un solo criado y a caballo en dos mulas de casa muy buenas, salieron a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas. Llegaron a Argales y cuando creyó el criado que Avendaño sacaba de las bolsas de la silla alguna cosa con la que beber, vio que sacó una carta cerrada y le dijo que enseguida se volviese a la ciudad y se la diese a su ayo, y que, en cuanto se la hubiese dado, les esperase en la puerta del Campo.

Obedeció el criado, tomó la carta, volvió a la ciudad y ellos tomaron el camino opuesto, y aquella noche durmieron en Mojados, y dos días después en Madrid, y en cuatro días más vendieron las mulas en subasta pública, pues hubo quien se las valoró en seis escudos y quien les dio el dinero en oro. Se vistieron de campesino, con capa corta abierta por los lados, calzones anchos y medias de paño oscuro. Hubo un mercader que por la mañana les compró sus vestidos y por la noche los había transformado de tal manera que no los habría reconocido la propia madre que los había parido.

Vestidos, pues, con sencillez, del modo en que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo a pie y sin espadas; que también el mercader se las había comprado.



Dejémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos hacia atrás para contar lo que el ayo hizo cuando abrió la carta que el criado le llevó, y halló que decía lo que sigue:

> *Vuesa merced tendrá a bien, señor Pedro Alonso, tener paciencia y volver a Burgos, donde dirá a nuestros padres que, habiendo nosotros, sus hijos, con madura consideración, considerado que más propias son de los caballeros las armas que las letras, hemos decidido cambiar Salamanca por Bruselas y España por Flandes. Los cuatrocientos escudos nos los llevamos, las mulas las pensamos vender. Nuestra noble*

intención y el largo camino es bastante disculpa de nuestra falta, aunque nadie tiene que considerarla así, si no es cobarde. Nuestra partida es ahora; la vuelta será cuando Dios lo tenga a bien, el cual guarde a vuesa merced como sus más humildes servidores deseamos. De la fuente de Argales, cabalgando ya hacia Flandes.

Carriazo y Avendaño

QUEDÓ PEDRO ALONSO ASOMBRADO AL leer la epístola y acudió al instante a su maleta y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta; e inmediatamente después, en la mula que le había quedado, se marchó a Burgos a dar las noticias a sus amos con toda rapidez, para que con prontitud pusiesen remedio y trazasen planes para alcanzar a sus hijos. Pero de estas cosas no dice nada el autor de esta novela, sino que tan pronto como dejó cabalgando a Pedro Alonso, regresó a contar lo que les sucedió a Avendaño y a Carriazo a la entrada de Illescas, que fue que al entrar en la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, vestidos con calzones anchos de lienzo, jubones[6] con aberturas, sus chalecos de ante, puñales y espadas. Al parecer, uno venía de Sevilla y el otro iba a ella. El que venía le estaba diciendo al otro:

—Esta noche no te vayas a hospedar donde sueles hacerlo, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se conoce. Marinilla, la de la venta Tejada, da asco en comparación. No te digo más, sino que se dice que el hijo del Corregidor[7] suspira por ella. Uno de mis amos, que delante van, jura que en cuanto vuelva a Andalucía se tiene que quedar dos meses en Toledo y en la posada misma, solo por hartarse de mirarla. Ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo a cambio una gran bofetada. Es dura como un mármol e intratable y áspera como una ortiga, pero tiene el gesto alegre y el rostro saludable; en una mejilla tiene el sol, y en la otra, la luna; una está hecha de rosas y la otra de claveles, y entre ambas hay también azucenas y jazmines. No te digo nada más que la veas, y verás que no te he dicho nada acerca de su hermosura, en comparación con lo que te podría decir. Mis dos mulas pardas le daría de buena gana como dote si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste o para un conde. Y otra vez vuelvo a decir que allí lo verás; y adiós, que me voy.

Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya conversación dejó mudos a los dos amigos que la habían escuchado, especialmente a Avendaño, en quien la simple descripción que el mozo de mulas había hecho de la hermosura de la fregona despertó un intenso deseo de verla. También lo

despertó en Carriazo, pero no de manera que no desease más llegar a sus almadrabas que detenerse a ver las pirámides de Egipto u otra de las siete maravillas, o todas juntas.

Repitiendo las palabras de los mozos e imitando la manera y los gestos con que las decían entretuvieron el camino hasta Toledo; y enseguida, sirviendo de guía Carriazo, que ya había estado en aquella ciudad otra vez, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron a hospedarse allí, porque su ropa no era apropiada.

Era ya de noche, y aunque Carriazo insistía a Avendaño para que fuesen a otra parte a buscar posada, no le pudo separar de la puerta de la del Sevillano, esperando por si acaso aparecía la tan celebrada fregona. Entraba la noche y la fregona no salía; se impacientaba Carriazo, y Avendaño se quedaba quieto. Este, con la excusa de preguntar por unos caballeros de Burgos que iban a la ciudad de Sevilla, entró hasta el patio de la posada. Y apenas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio había vio salir una moza, de quince años más o menos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, porque le parecía ver en él los que suelen pintar de los ángeles. Quedó admirado y atónito de su hermosura, y no atinó a preguntarle nada, tal era su asombro y admiración. La moza, al ver a aquel hombre delante de sí, le dijo:

—¿Qué busca, hermano? ¿Es quizás criado de alguno de los huéspedes de la casa?

—No soy criado de ninguno, sino vuestro —respondió Avendaño, todo lleno de confusión e inquietud.

La moza, que de aquella manera se vio respondida, dijo:

—Vaya, hermano, en buena hora, que las que servimos no tenemos necesidad de criados.

Y llamando a su señor le dijo:

—Mire, señor, a ver qué quiere este muchacho.

Salió su amo y le preguntó qué buscaba. Él respondió que a unos caballeros de Burgos que iban a Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le había enviado por delante por Alcalá de Henares, donde tenía que resolver un asunto de su interés; y que junto con esto le había mandado que se viniese a Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendría a alojarse aquella noche, o al día siguiente a más tardar. Tan buena apariencia dio Avendaño a su mentira que para el mesonero pasó por verdad, pues le dijo:

—Quédese, amigo, en la posada, que aquí podrá esperar a su señor hasta que venga.

—Muchas gracias, señor mesonero —respondió Avendaño—, y mande vuesa merced que se me dé hospedaje para mí y un compañero que viene conmigo que está allí fuera, que dineros traemos para pagarlo tan bien como cualquier otro.

—Con mucho gusto —respondió el mesonero.

Y volviéndose a la moza, dijo:

—Costancica, di a Argüello que lleve a estos galanes a la habitación del rincón y que les eche sábanas limpias.

—Así lo haré, señor —respondió Costanza, que así se llamaba la doncella.

Y haciendo una reverencia a su amo, se quitó de delante; su ausencia fue para Avendaño lo que suele ser para el caminante ponerse el sol y llegar la noche tenebrosa y oscura. Salió a dar explicaciones a Carriazo de lo que había visto y de lo que dejaba acordado; este, por mil señales, advirtió que Avendaño venía herido de la pasión amorosa, pero no le quiso decir nada hasta ver si lo merecía la causa de quien nacían las extraordinarias alabanzas con las que elogiaba la belleza de Costanza.

Entraron, en fin, en la posada, y la Argüello, que era una mujer de unos cuarenta y cinco años, encargada de las camas y la limpieza de las habitaciones, los llevó a una que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que pudiera situarse en medio de los dos extremos. Pidieron de cenar; les respondió Argüello que en aquella posada no daban de comer a nadie, aunque guisaban y preparaban lo que los huéspedes traían comprado de fuera, pero que bodegas y tabernas había cerca donde sin ningún problema podían ir a cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de Argüello y entraron en un bodegón, donde Carriazo cenó lo que le dieron y Avendaño lo que llevaba con él, que eran pensamientos e imaginaciones.

Lo poco o nada que Avendaño comía admiraba mucho a Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, cuando volvían a la posada le dijo:

—Conviene que mañana madruguemos, para que antes de que apriete el calor estemos ya en Orgaz.

—No estoy conforme —respondió Avendaño—, porque antes de que de esta ciudad me vaya pienso ver lo que dicen que hay de famoso en ella.

—Así sea —respondió Carriazo—, eso en dos días se podrá ver.

—En verdad que me lo he de tomar con calma, que no vamos a Roma a que nos nombren cardenales.

—¡Ya, ya! —replicó Carriazo—. ¡Que me maten, amigo, si no tenéis más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería!

—Así es verdad —respondió Avendaño—, y tan imposible será apartarme de ver el rostro de esta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras.

—¡Bonita exageración —dijo Carriazo— y decisión digna de un pecho tan generoso como el vuestro! ¡Bien le cuadra a don Tomás de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, caballero, rico, mozo y sensato, andar enamorado y perdido por una fregona que sirve en el mesón del Sevillano!

—Lo mismo me parece a mí que es —respondió Avendaño— considerar a don Diego de Carriazo, hijo del caballero del mismo nombre, futuro caballero del hábito de Alcántara, no menos apuesto en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, ¿de quién pensáis?, ¿de la reina Ginebra[8]? ¡No, ciertamente, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea, según creo, que el demonio!

—Ya sé yo en qué terminará esto —dijo Carriazo.

—¿En qué? —replicó Avendaño.

—En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona —dijo Carriazo.

—No seré yo tan afortunado —dijo Avendaño.

—Ni yo tan necio —respondió Carriazo— que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el mío.



CON ESTAS PALABRAS LLEGARON a la posada, e incluso con otras semejantes se les pasó la mitad de la noche. Y habiendo dormido, a su parecer, poco más de una hora, los despertó el sonido de unas chirimías[9] que en la calle sonaban. Se sentaron en la cama y prestaron atención, y dijo Carriazo:

—Apuesto que ya es de día y que debe de celebrarse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen, que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.

—No es eso —respondió Avendaño—, porque no hace tanto que dormimos que pueda ser ya de día.

Estando en esto, sintieron llamar a la puerta de su habitación, y al preguntar quién llamaba respondieron desde fuera diciendo:

—Mozos, si queréis oír una magnífica música, levantaos y asomaos a una reja que da a la calle que está en aquella sala de enfrente, que no hay nadie en ella.

Se levantaron los dos, y cuando abrieron, no encontraron a nadie ni supieron quién les había dado el aviso; pero, puesto que oyeron el sonido de un arpa, consideraron verdadera la música, y así como se encontraban, sin vestirse, se fueron a la sala, donde ya estaban otros tres o cuatro huéspedes asomados a las rejas. Encontraron un sitio, y al poco tiempo, al sonido del arpa y de una vihuela[10], con maravillosa voz oyeron cantar un soneto que no se le fue de la memoria a Avendaño.

No fue necesario que nadie les dijese a los dos que aquella música se hacía por Costanza. Sonó de tal manera en los oídos de Avendaño que por no haberlo oído habría dado por bien empleado haber nacido sordo y estarlo todos los días de la vida que le quedaba, pues desde aquel momento comenzó a sufrir tanto como quien halló su corazón atravesado por la rigurosa lanza de los celos. Y lo peor era que no sabía de quién debía o podía tenerlos. Pero pronto le sacó de esta preocupación uno de los que en la reja estaban, diciendo:

—¡Cómo puede ser tan simple este hijo del Corregidor, que anda dando música a una fregona! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas

que yo he visto, y he visto muchas, pero no por esto debería cortejarla con tanta publicidad.

A lo cual añadió otro de los de la reja:

—Pues en verdad que he oído yo decir, como cosa muy cierta, que ella hace el mismo caso de él que si no fuese nadie; apostaré que está ella ahora durmiendo a pierna suelta detrás de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordarse de músicas ni canciones.



—Así es la verdad —replicó el otro—, porque es la más honesta doncella que se conoce, y es maravilla que estando en casa de tanto ajetreo, y en donde hay cada día gente nueva, y andando por todas las habitaciones, no se conoce de ella el menor atrevimiento.

Con esto que oyó Avendaño volvió a revivir y a cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al son de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas dirigidas a Costanza, la cual, como dijo el huésped, estaba durmiendo sin ninguna preocupación.

Al venir el amanecer, se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron a su habitación, donde durmió el que pudo hasta la mañana; venida la cual, se levantaron los dos, ambos con deseo de ver a Costanza, pero el deseo de uno era deseo curioso, y el del otro, deseo enamorado. Pero a ambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa que a los dos les pareció que todas las alabanzas que le había hecho el mozo de mulas eran cortas y sin ninguna exageración.

Su vestido era una falda y blusa sin mangas de paño verde, adornada con cintas del mismo paño. La camisa tenía doblado el cuello, con una tira bordada de seda negra, como si se hubiera puesto una gargantilla de estrellas de azabache[11] sobre un trozo de columna de alabastro[12], que no era menos blanca su garganta; ceñía su cintura un cordón como el de los monjes franciscanos, y pendiente de una cinta, al lado derecho, un gran manojo de llaves. Traía zapatos rojizos con talón de dos suelas, con unas medias que apenas se le veían. Traía trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hilo; pero tan larga era la trenza, que por la espalda le pasaba de la cintura; el color salía de castaño y se acercaba a rubio, pero, de aspecto tan limpio, tan liso y tan peinado, que nadie, aunque lo tuviera de hebras de oro, se le podría comparar. Le colgaban de las orejas dos calabacillas de vidrio que parecían perlas.

Cuando salió de la sala se persignó y santiguó, y, con mucha devoción y calma, hizo una profunda reverencia a una imagen de Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos, vio a los dos que la estaban mirando, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió a entrar en la sala, desde la cual dio voces a Argüello para que se levantase.

Queda ahora por decir qué es lo que le pareció a Carriazo de la hermosura de Costanza, que de lo que le pareció a Avendaño ya está dicho, cuando la vio la primera vez. No digo más sino que a Carriazo le pareció tan bien como a su compañero, pero le enamoró mucho menos, tanto menos que habría querido no dormir en la posada, sino marcharse en seguida para sus almadrabas.

En esto, a las voces de Costanza salió a los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, también criadas de la casa, de quienes se dice que eran gallegas; y el que hubiera tantas era por la mucha gente que acudía a la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay

en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes a pedir cebada. Salió el mesonero a dársela maldiciendo a sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con mucho cuidado y atención, sin que hubiese echado de menos un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo:

—No se preocupe, señor mesonero, deme el libro de cuentas, que los días que vaya a estar aquí yo me encargaré de dar la cebada y paja que pidan de manera que no eche de menos al mozo que dice que se le ha ido.

—Ciertamente os lo agradezco, muchacho —respondió el mesonero—, porque yo no puedo atender a esto, que tengo otras muchas cosas a que acudir fuera de casa. Bajad; os daré el libro, y estad atento que estos mozos de mulas son el mismo diablo y hacen trampas.

Bajó al patio Avendaño y se hizo cargo del libro, y comenzó a despachar con mucha soltura, y a hacer las anotaciones tan ordenadamente, que el mesonero, que lo estaba mirando, quedó contento; tanto, que dijo:

—Quisiese Dios que vuestro amo no viniese y que a vos os diese la gana de quedaros en casa, que en verdad os iría mejor, porque el mozo que se me fue llegó a mi casa, hará ocho meses, mal vestido y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos y va gordo como una nutria. Porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchas ganancias, además de los salarios.

—Si yo me quedase —replicó Avendaño— no repararía mucho en la ganancia, que con cualquier cosa me contentaría a cambio de estar en esta ciudad que dicen que es la mejor de España.

—Al menos —respondió el mesonero— es de las mejores y más ricas que hay en ella. Mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río, que también se me fue otro mozo que con un buen asno que tengo me tenía rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa. Y una de las causas por la que a los mozos de mulas les agrada traer a sus amos a mi posada es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, pues así no tienen que llevar su ganado al río, sino que dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes toneles.

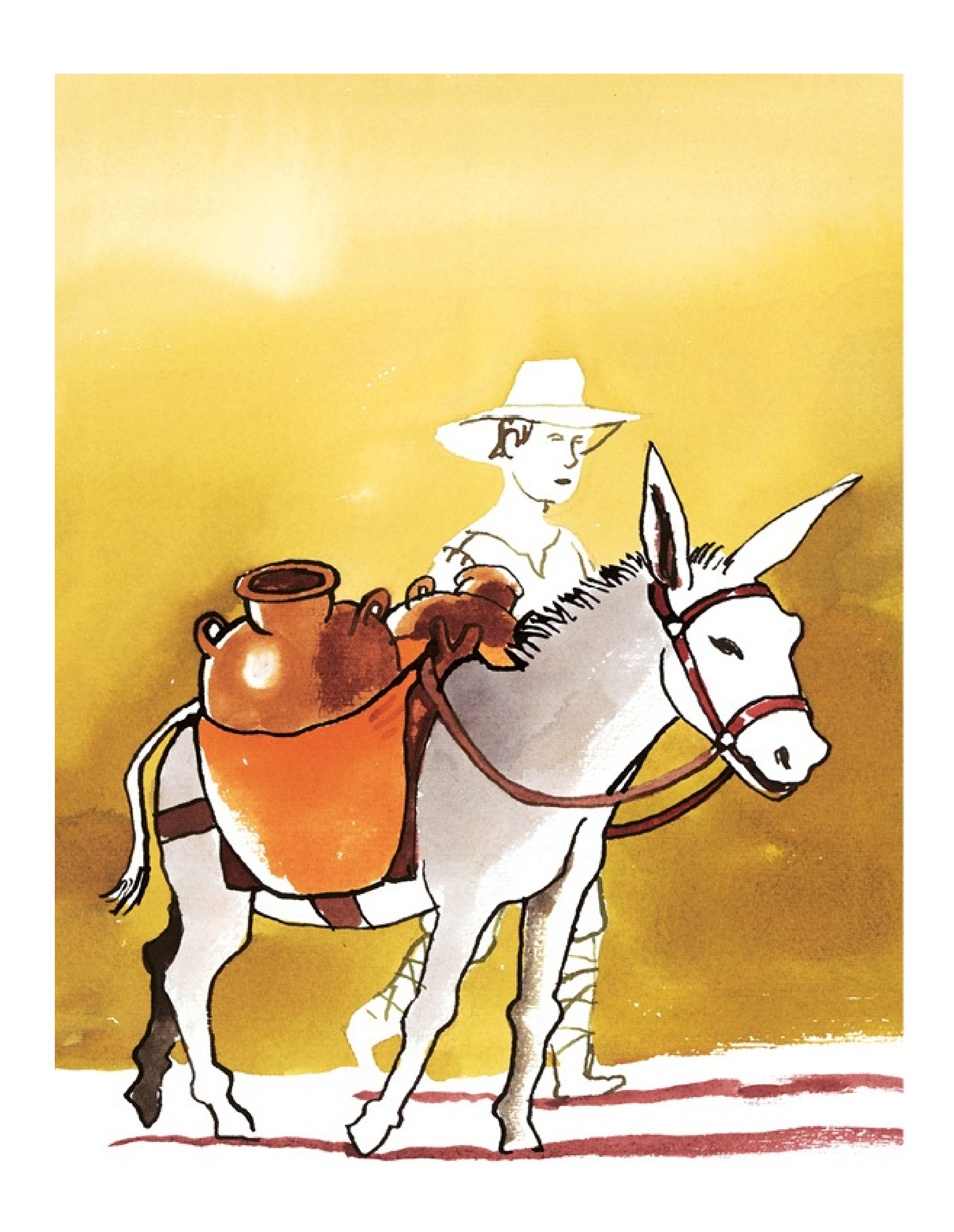
Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual viendo que ya Avendaño estaba establecido y con oficio en la casa, no quiso quedarse sin ocupación, y más considerando el gran gusto que le daría a Avendaño si le seguía el juego; y así, dijo al mesonero:

—Venga el asno, señor mesonero, que tan bien sabré yo ensillarlo y cargarlo como sabe mi compañero apuntar en el libro su mercancía.

—Sí —dijo Avendaño—, mi compañero Lope Asturiano servirá para traer agua como un príncipe, y yo respondo por él.

En resumen: tenemos ya a Avendaño convertido en mozo de mesón con el nombre de Tomás Pedro, que así dijo que se llamaba, y a Carriazo, con el de Lope Asturiano, hecho aguador.

CAMINABA YA NUESTRO BUEN LOPE Asturiano en dirección al río, por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la repentina transformación de su estado. Ya fuese por esto, o porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho, al bajar la cuesta, se encontró con un asno de un aguador, que subía cargado. Y como él descendía y su asno era robusto y sano tal golpe dio al cansado y flaco que subía, que dio con él en el suelo. Por haberse roto los cántaros se derramó también el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo, enfurecido y lleno de ira, arremetió con fuerza al aguador nuevo, que aún estaba subido en el asno. Antes de que reaccionase y descabalgase le había asestado una docena de palos, tales, que no le agradaron al Asturiano.



Se bajó, en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió a su enemigo y, cogiéndolo con ambas manos por la garganta, dio con él en el suelo, y tal golpe dio con su cabeza sobre una piedra, que se la abrió en dos partes, por lo que salió tanta sangre, que pensó que lo había matado.

Otros muchos aguadores que por allí venían, al ver a su compañero tan mal tratado, arremetieron a Lope y lo mantuvieron cogido con fuerza, mientras gritaban:

—¡Justicia, justicia, que este aguador ha matado a un hombre!

Y además de estas palabras y gritos, lo molían a puñetazos y a palos. Otros acudieron y vieron que el caído tenía abierta la cabeza y que casi estaba expirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un alguacil, el cual, con dos ayudantes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pelea; momento en el que ya el herido estaba atravesado sobre su asno y el de Lope agarrado, y Lope rodeado de más de veinte aguadores, que no le dejaban ni darse la vuelta, antes bien le golpeaban las costillas de manera que más se pudiera temer por su vida que por la del herido, según descargaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena ofensa.

Llegó el alguacil, apartó a la gente, entregó a sus ayudantes al Asturiano y, cogiendo por las riendas a su asno y al herido sobre el suyo, dio con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguían, que apenas podía abrirse paso por las calles.

Al rumor de la gente salieron Tomás Pedro y su amo a la puerta de casa a ver de qué procedía tanta gritería, y descubrieron a Lope entre los dos ayudantes, con el rostro y la boca llenos de sangre. Pensó al instante en su asno el mesonero y lo vio en poder de otro ayudante que ya se les había juntado. Preguntó la causa de aquellas detenciones; le fue respondida la verdad del suceso. Le pesó por su asno, temiendo que lo perdería o, al menos, tendría que pagar por recobrarlo más de lo que valía.

Tomás Pedro siguió a su compañero, sin que le dejasen acercarse a decirle una palabra, tanta era la gente que lo impedía y la precaución de los ayudantes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta ver que lo ponían en la cárcel, en un calabozo, con dos pares de grilletes, y al herido en la enfermería, donde se fue a verle curar, y vio que la herida era muy peligrosa, y lo mismo dijo el cirujano.

El alguacil se llevó a su casa los dos asnos y además cinco monedas de ocho reales que los ayudantes le habían quitado a Lope.

Se volvió a la posada lleno de confusión y de tristeza. Halló al que ya tenía por amo con no menos pesadumbre que él traía, a quien contó la manera en que quedaba su compañero, y el peligro de muerte en que estaba el herido, y el fin de su asno. Le dijo más: que a su desgracia se le había añadido otra de no menor fastidio porque un gran amigo de su señor le había encontrado en el

camino y le había dicho que su señor, por ir muy deprisa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid había pasado el Tajo por la barca de Aceca; y que, por lo tanto, aquella noche dormía en Orgaz, y le había dado doce escudos para que se los diese, con orden de que se fuese a Sevilla, donde le esperaba.

—Pero no puede ser así —añadió Tomás—, pues no será razonable que yo deje a mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro. Mi amo me podrá perdonar por ahora, que él es tan bueno y honrado, que dará por buena cualquier falta que le hiciera, a cambio de que no se la haga a mi camarada. Vuesa merced, señor amo, hágame el favor de tomar este dinero y atender a este asunto; y mientras esto se gasta, yo escribiré a mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que sean suficientes para sacarnos de cualquier peligro.

Abrió los ojos de un palmo el mesonero, alegre de ver que en parte iba reparando la pérdida de su asno. Tomó el dinero y consoló a Tomás, diciéndole que él conocía personas en Toledo que tenían mucha influencia en la justicia, especialmente una señora monja, parienta del Corregidor, y que una lavandera del monasterio de dicha monja tenía una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy amigo y conocido del confesor de dicha monja, la cual lavandera lavaba la ropa en casa.

—Y como esta pida a su hija, que sí lo pedirá, que diga a la hermana del fraile que diga a su hermano que diga al confesor, y el confesor a la monja, y la monja guste de dar una carta (que será cosa fácil) para el Corregidor, donde le pida con insistencia que mire por el asunto de Lope, sin duda alguna se podrá esperar buen resultado. Y esto será con tal de que el aguador no muera y con que no falte ungüento para untar[13] a todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes.

En gracia le cayeron a Tomás los ofrecimientos que su amo le había hecho y los infinitos y revueltos caminos por donde lo había desviado; le agradeció su buen ánimo y le entregó el dinero, con la promesa de que no faltaría mucho, según la confianza que él tenía en su señor, como ya le había dicho.

En resolución, en quince días estuvo fuera de peligro el herido, y a los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano. En este tiempo se las había arreglado Tomás para que le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al ventero con carta y recibo de su fingido amo. Y como al mesonero le importaba poco averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogió el dinero, que por ser en escudos de oro, le alegraba mucho.

Por seis ducados retiró la querella el herido; en diez, el asno y los gastos judiciales sentenciaron al Asturiano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver a estar con su compañero, dándole por disculpa que en los días en que había estado preso le había visitado la Argüello y le había requerido de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dejaría ahorcar que corresponder al deseo de tan mala hembra. Lo que pensaba hacer era, ya que él estaba decidido a seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y ejercer el oficio de aguador mientras estuviesen en Toledo, de modo que con esta excusa, no sería juzgado ni preso por vagabundo, y con una sola carga de agua podía andar todo el día por la ciudad a sus anchas, mirando bobas**[14]**.

—Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más juiciosas mujeres de España y en las que andan a la par su prudencia con su hermosura; y si no, míralo en Costancica, con cuyas sobras de belleza puede enriquecer no solo a las hermosas de esta ciudad, sino a las de todo el mundo.

—Despacio, señor Tomás —replicó Lope—, vámonos poquito a poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que, igual que le tengo por loco, le tenga por hereje.

—¿Fregona has llamado a Costanza, hermano Lope? —respondió Tomás —. Dios te lo perdone y traiga verdadero conocimiento a tu error.

—Pues ¿no es fregona? —replicó el Asturiano.

—Todavía no la he visto fregar el primer plato.

—No importa —dijo Lope— no haberla visto fregar el primer plato si la has visto fregar el segundo, y aun el centésimo.

—Yo te digo, hermano —replicó Tomás—, que ella no friega ni se ocupa de otra cosa que de su labor y de ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha.

—Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad —dijo Lope— la fregona ilustre, si es que no friega? Sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan nombre de ilustre. Pero dejando esto aparte, dime, Tomás, ¿en qué estado están tus esperanzas?

—En el de perdición —respondió Tomás—, porque en todos estos días que has estado preso nunca le he podido hablar una palabra, y a muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios, tal es su honestidad y su pudor, que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura. Lo que me tiene perdida la paciencia es saber que el hijo del Corregidor, que es mozo impetuoso y

algo atrevido, muere por ella y la corteja con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la celebran. Pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana sale del aposento de su ama, lo que no deja que me traspase el corazón la dura flecha de los celos.

—Pues ¿qué piensas hacer con la imposibilidad que se te ofrece en la conquista de esta diosa, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y desvanece?

—Búrlate de mí todo lo que quieras, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del más hermoso rostro que la naturaleza pudo formar y de la más incomparable honestidad que ahora hay en el mundo. Costanza se llama, y no es una diosa; en un mesón sirve, que no lo puedo negar, pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me empuja a que la adore? Mira, amigo, no sé cómo decirte —prosiguió Tomás— la forma en que la baja persona de esta fregona, como tú la llamas, el amor me la encumbra y la engrandece tanto, que viéndola, no la veo como fregona. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un instante considerar la bajeza de su condición, porque enseguida acuden a borrarme este pensamiento su belleza, su gracia, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan a entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de mérito grande. En fin, sea lo que fuese, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con el que a otras he querido, sino con amor tan limpio, que no alcanza más que a servirla y a procurar que ella me quiera.

En este punto dio una gran voz el Asturiano y, como exclamando, dijo:

—¡Oh, amor platónico! ¡Oh, fregona ilustre! ¡Oh, felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que queme, la gracia agrada sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga a que lo suban sobre la rueda de la Fortuna! ¡Oh, pobres atunes míos, que os vais a pasar este año sin ser visitados por este tan enamorado y aficionado vuestro! Pero el que viene yo repararé la falta de manera que no se quejen de mí en mis deseadas almadrabas.

A esto dijo Tomás:

—Ya veo, Asturiano, qué abiertamente te burlas de mí. Lo que podías hacer es irte en buena hora a tu pesquería, que yo me quedaré en mi caza, y aquí me hallarás a la vuelta. Si quisieras llevarte contigo el dinero que te toca, te lo daré inmediatamente, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guíe.

—Por más sensato te tenía —replicó Lope—; ¿y tú no ves que lo que digo es en broma? Pero ya que sé que tú hablas en serio, en serio te serviré en todo aquello que sea de tu gusto. Una cosa sola te pido, en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasión de que la Argüello me requiebre ni corteje, porque antes romperé con tu amistad que ponerme en peligro de tener la suya. ¡Vive Dios, amigo, que habla más que un abogado y que le huele el aliento a vino desde una legua! Todos los dientes de arriba son postizos, y creo que los cabellos también; y para reparar estas faltas, desde que me confesó su mal pensamiento, le ha dado por maquillarse y así se pinta el rostro que parece máscara de yeso puro.

—Todo eso es verdad —replicó Tomás—, y no es tan mala la Gallega que a mí me martiriza. Lo que se podrá hacer es que estés en la posada solo esta noche y mañana comprarás el asno que dices y buscarás dónde estar, y así evitarás los encuentros de Argüello, y yo quedaré sujeto a los de la Gallega y a los rayos de la vista de mi Costanza.

Esto acordaron los dos amigos, y se fueron a la posada, donde fue recibido el Asturiano con muestras de mucho amor de la Argüello. Aquella noche hubo un baile a la puerta de la posada, de muchos mozos de mulas que en ella y en las cercanas había. El que tocó la guitarra fue el Asturiano; las bailadoras, además de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada. Se juntaron muchos hombres con el rostro tapado por la capa, con más deseo de ver a Costanza que el baile, pero ella no apareció ni salió a verlo, con lo que dejó defraudados muchos deseos.

De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decían que la hacía hablar. Le pidieron las mozas, y con más ahínco la Argüello, que cantase algún romance. Él dijo que si ellas lo bailaban al modo como se canta y baila en las comedias, que lo cantaría, y que para que no se equivocasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa.



Había bailarines entre los mozos de mulas, y entre las mozas lo mismo. Se preparó para cantar Lope, escupiendo dos veces, mientras pensaba lo que diría, y como era de rápido, fácil y delicado ingenio, con gran facilidad, de improviso, comenzó a cantar de esta manera:

Salga la hermosa Argüello,
moza una vez, y no más,
y haciendo una reverencia
dé dos pasos hacia atrás.

De la mano la arrebate
el que llaman Barrabás,
andaluz, mozo de mulas,
canónigo del Compás.

De las dos mozas gallegas
que en esta posada están,
salga la más carigorda
en cuerpo y sin delantal.

Engarráfela[15] *Torote,*
y todos cuatro a la par,
con mudanzas y meneos
den principio a un contrapás.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó a decir que diesen principio a un contrapás, respondió Barrabás, que así le llamaban por mal nombre al bailarín mozo de mulas:

—Hermano músico, mire lo que canta y no critique a *naide* de mal vestido, porque aquí no hay *naide* con trapos[16], y cada uno se viste como Dios le ayuda.

El mesonero, que oyó la ignorancia del mozo, le dijo:

—Hermano mozo, contrapás es un baile extranjero y no insulto de mal vestidos.

—Si eso es —replicó el mozo—, no hay para qué complicarnos la vida; toquen sus zarabandas, chaconas y folías[17] de costumbre, y toquen como quieran, que aquí hay *presonas* que sabrán seguirles los pasos sin problemas.

El Asturiano, sin replicar palabras, prosiguió su canto, diciendo:

Requieran las castañuelas
y bájense a refregar
las manos por esa arena
o tierra del muladar[18].

Todos lo han hecho muy bien,
no tengo qué les rectar[19],
santígüense y den al diablo
dos higas de su higueral[20].

El baile de la chacona
encierra la vida bona.

Mientras Lope cantaba, se agitaban los muleros y fregonas del baile, que llegaban a doce.

TRAS ESTO SE ACOSTARON TODOS, se durmieron, llegó el día, se levantaron y acudió Tomás a dar cebada y Lope se fue al mercado de las bestias, que es allí al lado, a comprar un asno que fuese bueno. Habiendo salido aquel día Costanza con una toca[21] ceñida por las mejillas y habiendo dicho a quien se lo preguntó que se la había puesto porque tenía un gran dolor de muelas, Tomás, a quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno hacer, y dijo:

—Señora Costanza, yo le daré una oración por escrito, que con dos veces que la rece se le quitará con gran facilidad su dolor.

—En hora buena —respondió Costanza—, que yo la rezaré, puesto que sé leer.

—Ha de ser con la condición —dijo Tomás— de que no la muestre a nadie, porque la estimo mucho, y no está bien que por conocerla muchos se menosprecie.

—Yo le prometo —dijo Costanza—, Tomás, que no se la daré a nadie; y démela en seguida, porque me molesta mucho el dolor.

—Yo la copiaré de memoria —respondió Tomás— y en un instante se la daré.

Estas fueron las primeras palabras que Tomás dijo a Costanza, y Costanza a Tomás, en todo el tiempo que llevaba en casa, que ya pasaba de veinticuatro días.

Se retiró Tomás y escribió la oración, y tuvo ocasión de dársela a Costanza sin que nadie lo viese. Y ella, con mucho gusto y más devoción, se metió en una habitación a solas, y abriendo el papel vio que decía de esta manera:

> *Señora de mi alma: yo soy un caballero natural de Burgos. Si sobrevivo a mi padre, heredo un título de seis mil ducados de renta. Por la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, cambié el vestido, y en el traje en que me veis vine a servir a vuestro dueño. Si vos quisieseis ser el mío, por los medios que convengan más a vuestra honestidad, decid qué prueba queréis que haga para*

convenceros de esta verdad; y convencida de ella, si es vuestro gusto, seré vuestro esposo y me tendré por el más afortunado del mundo. Solo os pido, por ahora, que no echéis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos a la calle, que si vuestro dueño los sabe y no los cree, me condenará a destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme a muerte. Dejadme, señora, que os vea hasta que me creáis, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros. Con los ojos podréis responderme, a escondidas de los muchos que siempre os están mirando, que ellos son tales que enfadados matan y compasivos resucitan.



Mientras Tomás supuso que Costanza se había ido a leer su papel le estuvo palpitando el corazón, temiendo y esperando o la sentencia de muerte o la restauración de su vida. Salió en esto Costanza, tan hermosa, aunque cubierto el rostro, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algún

hecho inesperado, se podría juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomás otra cosa tan lejana de la que pensaba había acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos hecho menudos trozos, y dijo a Tomás, que apenas se podía tener en pie:

—Hermano Tomás, esta oración tuya más parece hechicería y embuste que oración santa, y así, yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, para que no la vea nadie que sea más crédula que yo. Aprende otras oraciones más fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho.

Y diciendo esto, entró con su ama, y Tomás quedó desconcertado, pero algo consolado viendo que solo en el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo; pareciéndole que, pues no se lo había contado a su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa.

Mientras esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendían. Y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, pues lo buscaba capaz de llevarle a él por añadidura, fuesen vacíos o llenos los cántaros.

Se acercó a él entonces un mozo y le dijo al oído:

—Galán, si busca bestia adecuada para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca, en un prado, que no lo hay mejor ni mayor en la ciudad; y le aconsejo que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de enfermedades. Si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca.

Le creyó el Asturiano, y le dijo que le guiase a donde estaba el asno que tanto elogiaba. Se fueron los dos juntos hasta que llegaron a la huerta del Rey, donde a la sombra de una noria encontraron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, que era tal que le contentó al Asturiano; y de todos los que allí estaban fue alabado el asno por fuerte, por caminador y corredor en extremo. Hicieron su acuerdo, y sin otra seguridad ni información, siendo intermediarios los demás aguadores, dio dieciséis ducados por el asno, con todos los aparejos del oficio.

Además de los que tomaron parte en la venta del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando a las cartas, tendidos en el suelo, sirviéndoles de mesa la tierra y de mantel sus capas. Se puso el Asturiano a mirarlos, y vio que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos[22], porque tenía de apuesta cada uno más de cien reales en monedas de cuartos y en monedas de plata. Llegó una mano en que todos hacían la apuesta, y si uno no hubiese dado ventaja a otro, habría ganado todo lo de los demás. Finalmente, a los dos en aquella apuesta se les acabó el dinero y se levantaron. Viendo lo cual el

vendedor del asno, dijo que si fueran cuatro, que él jugaría, porque era enemigo de jugar a tres. El Asturiano, que nunca se echaba atrás, dijo que él haría cuarto. Se sentaron al instante; anduvo la cosa de buena manera, y pasando más deprisa el dinero que el rato, en poco tiempo perdió Lope seis escudos que tenía, y viéndose sin blanca, dijo que si le querían jugar el asno, que él se lo jugaría. Le aceptaron la apuesta y apostó un cuarto del asno, diciendo que por cuartos quería jugárselo. Se le dio tan mal que en cuatro apuestas consecutivas perdió los cuatro cuartos del asno y se los ganó el mismo que se lo había vendido. Y levantándose para volverse a él, dijo el Asturiano que tuvieran claro que él solamente había jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen y se lo llevasen en buena hora.

Les causó risa a todos la petición de la cola, y hubo quienes opinaron que no tenía razón en lo que pedía, diciendo que cuando se vende un carnero, o alguna otra res, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería[23] usualmente tienen cinco cuartos y que el quinto es de la cola, y cuando tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; por todo lo cual lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo admitía; pero que la suya no fue vendida, sino jugada, y que nunca su intención fue jugar la cola; que al instante se la devolviesen con todo lo propio y dependiente de ella, que era desde la punta del cerebro, incluida la osamenta del espinazo, donde ella tenía comienzo y descendía, hasta acabar en sus últimos pelos.

—Supongamos —dijo uno— que sea así como decís, y que os la den como la pedís, a ver lo que queda del asno.

—¡Pues así es! —replicó Lope—. Venga mi cola; si no, por Dios que no se llevan el asno aunque viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo. Y no piensen que por ser tantos los que aquí están me van a estafar, porque soy yo un hombre que me sabré acercar a otro hombre y meterle dos palmos de puñal por las tripas sin que sepa de quién, por dónde o cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola por su valor, sino que quiero que me la den en sí misma y la corten del asno como he dicho.

Al ganador y a los demás les pareció que no era conveniente llevar aquel asunto por la fuerza, porque juzgaron que era de tal valor el Asturiano que no consentiría que se la jugasen. El muchacho, como estaba acostumbrado al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo tipo de peligro y amenaza, y de extraordinarios juramentos y fanfarronerías, tiró el sombrero y empuñó un puñal que debajo de la capa traía, y se puso en tal postura, que infundió temor

y respeto a toda aquella compañía de aguadores. Finalmente, uno de ellos, que parecía de más capacidad de razonamiento, los puso de acuerdo para que se jugasen la cola contra un cuarto del asno. Aceptaron, ganó Lope; se picó el otro, apostó el otro cuarto y en otras tres manos se quedó sin asno. Quiso jugar el dinero; no quería Lope; pero tanto le insistieron todos que lo tuvo que hacer, dejándole sin un solo maravedí; y fue tanta la pesadumbre que de esto recibió el perdedor, que se arrojó al suelo y comenzó a darse cabezazos en la tierra. Lope, como bien nacido y como generoso y compasivo, le levantó y le devolvió todo el dinero que le había ganado y los dieciséis ducados del asno, e incluso de los que él tenía repartió con los presentes.

Con gran acompañamiento volvió Lope a la ciudad, donde contó a Tomás lo sucedido, y Tomás asimismo le dio cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegón, ni reunión de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola y el valor y la generosidad del Asturiano. Pero como la mala bestia del vulgo, en su mayor parte, es mala, maldita y maldiciente, no se quedó en la memoria la generosidad, valor y buenas cualidades del gran Lope, sino solamente la cola; y así, apenas hubo andado dos días por la ciudad repartiendo agua, cuando se vio señalar de muchos con el dedo, que decían: «Este es el aguador de la cola». Estuvo la chiquillería atenta, supieron el caso y no había asomado Lope por la entrada de cualquier calle, cuando por toda ella le gritaban, unos por un lado, otros por otro: «¡Asturiano, dame la cola! ¡Dame la cola, Asturiano!».

Lope, que se vio apuñalar de tantas lenguas y con tantas voces, prefirió callar, creyendo que en su gran silencio se ahogaría tanta insolencia; mas ni por esas, pues mientras más callaba más gritaban los muchachos. Y así, probó a cambiar su paciencia en cólera, y, apeándose del asno, corrió a palos tras los muchachos, lo que fue preparar la pólvora y prenderle fuego pues con mayor firmeza y frecuencia le pedían la cola. Finalmente, tuvo a bien retirarse a una posada que había tomado aparte de la de su compañero, por huir de la Argüello, y quedarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase y se borrase de la memoria de los muchachos aquella mala reclamación de la cola que le pedían.

Siete días pasaron sin salir de casa, si no era de noche, que iba a ver a Tomás y a preguntarle por el estado en que se hallaba, el cual le contó que, después de haberle dado el papel a Costanza, nunca más había podido hablarle una sola palabra, y que le parecía que andaba más reservada de lo que acostumbraba, aunque una vez tuvo ocasión de acercarse a hablarle, y viéndolo ella, le había dicho antes de que se acercara:

—Tomás, no me duele nada; así que ni tengo necesidad de tus palabras ni de tus oraciones; alégrate de que no te acuso a la Inquisición, y no te canses.

Pero que estas palabras las dijo sin mostrar ira en los ojos ni otra descortesía que pudiera dar indicio de rigor alguno. Lope le contó a él el fastidio que le ocasionaban los muchachos pidiéndole la cola, porque él había pedido la de su asno, con la que había hecho la famosa apuesta. Se retiró con esto a su posada Lope, con decisión de no salir de ella en otros seis días, al menos con el asno.

LAS ONCE DE LA NOCHE serían cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada a muchos oficiales de la justicia, y al final al Corregidor. Se alborotó el mesonero, e incluso los huéspedes; porque así como los cometas, cuando aparecen, siempre causan temores de desgracias e infortunios, así sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpables la justicia, cuando de repente y en tropel entra en una casa. Entró el Corregidor en una sala y llamó al mesonero, el cual vino temblando a ver lo que el señor Corregidor quería. Y así como le vio el Corregidor, le preguntó con mucha seriedad:

—¿Sois vos el mesonero?

—Sí, señor —respondió él—, para lo que vuesa merced me quiera mandar.

Mandó el Corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el mesonero. Lo hicieron así, y, quedándose solos, dijo el Corregidor al mesonero:

—Mesonero, ¿qué gente de servicio tenéis en esta vuestra posada?

—Señor —respondió él—, tengo dos mozas gallegas, y un ama, y un mozo que se ocupa de dar la cebada y la paja.

—¿No más? —replicó el Corregidor.

—No, señor —respondió el mesonero.

—Pues decidme, mesonero —dijo el Corregidor—, ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa que por toda la ciudad la llaman la ilustre fregona, e incluso me han llegado a decir que mi hijo, don Periquito, es su enamorado, y que no hay noche que no le ofrezca músicas?

—Señor —respondió el mesonero—, esa fregona ilustre que dicen es verdad que está en esta casa, pero ni es mi criada ni deja de serlo.

—No entiendo lo que decís, mesonero, con eso de ser y no ser vuestra criada la fregona.

—Yo lo he dicho bien —añadió el mesonero—, y si vuesa merced me da permiso, le diré lo que hay sobre esto, lo cual jamás he dicho a persona alguna.

—Antes quiero ver a la fregona que saber otra cosa; llamadla acá —dijo el Corregidor.

Se asomó el mesonero a la puerta de la sala y dijo:

—¡Oíd, señora, haced que entre aquí Costancica!

Cuando la mesonera oyó que el Corregidor llamaba a Costanza, se inquietó y comenzó a retorcerse las manos, diciendo:

—¡Ay, desdichada de mí! ¡El Corregidor a Costanza, y a solas! Algún gran mal debe de haber sucedido; que la hermosura de esta muchacha trae hechizados a los hombres.

Costanza, que lo oía, dijo:

—Señora, no se acongoje, que yo iré a ver lo que el señor Corregidor quiere, y si algún mal hubiera sucedido, esté segura vuesa merced de que no tendré yo la culpa.



Y en esto, sin aguardar a que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con más vergüenza que temor fue donde el Corregidor estaba. Así como el Corregidor la vio, mandó al mesonero que cerrase la puerta de la sala; hecho lo cual, el Corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, acercándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba sobresaltada, se le había encendido el color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al Corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y después de haberla mirado bien, dijo:

—Mesonero, esta no es joya para estar en el bajo alojamiento de un mesón; desde ahora digo que mi hijo Periquito es juicioso, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo, doncella, que no solamente os

pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no debían caer sobre el nombre de fregona, sino sobre el de una duquesa.

—No es fregona, señor —dijo el mesonero—, que no hace otro servicio en casa que el de llevar las llaves del menaje de plata, que por la bondad de Dios tengo alguno, con el que son servidos los huéspedes honrados que a esta posada vienen.

—Aun así —dijo el Corregidor—, digo, mesonero, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un mesón. ¿Es parienta vuestra acaso?

—Ni es mi parienta ni es mi criada; y si a vuesa merced le gustara saber quién es, si ella no está presente, oirá vuesa merced cosas que, además de darle gusto, le admiren.

—Claro que me gustará —dijo el Corregidor—; que salga Costancica allá fuera y espere de mí lo que de su mismo padre pudiera esperar; que su gran honestidad y hermosura obligan a que todos los que la vean se ofrezcan a su servicio.

No respondió palabra Costanza, sino que con mucha cortesía hizo una profunda reverencia al Corregidor y salió de la sala, y halló a su ama ansiosa esperándola, para saber por ella para qué la había llamado el Corregidor. Ella le contó lo que había pasado y cómo su señor se había quedado con él para contarle no sé qué cosas que no quería que ella oyese. No acabó de tranquilizarse la mesonera, y estuvo rezando continuamente hasta que se fue el Corregidor y vio salir libre a su marido, el cual, mientras estuvo con el Corregidor, le dijo:

—Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados a caballo y de dos dueñas[24] y una doncella, que en un coche venían. Traía asimismo dos mulas, cubiertas con dos lujosos paños, y cargadas con una lujosa cama y con utensilios de cocina; en fin, el equipaje era espléndido, y la peregrina parecía ser una gran señora; y aunque en la edad aparentaba ser de cuarenta años o pocos más, no por eso dejaba de parecer extremadamente hermosa. Venía enferma y pálida, y tan cansada que mandó que inmediatamente le preparasen la cama, y en esta misma sala se la prepararon sus criados.

Me preguntaron cuál era el médico de más fama de esta ciudad. Les dije que el doctor de la Fuente. Fueron en seguida por él, y él vino de inmediato. Le comunicó a solas su enfermedad, y lo que de su conversación resultó fue que mandó el médico que se le preparase la cama en otra parte y en lugar donde no le diesen ningún ruido. Al momento la cambiaron a otra habitación

que está aquí arriba apartada, y con la comodidad que el doctor pedía. Ninguno de los criados entraban donde estaba su señora, y únicamente las dos dueñas y la doncella la servían.

Yo y mi mujer preguntamos a los criados quién era dicha señora y cómo se llamaba, de dónde venía y adónde iba; si era casada, viuda o doncella y por qué causa vestía aquel hábito de peregrina. A todas estas preguntas, que les hicimos una y muchas veces, no hubo nadie que nos respondiese otra cosa sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenía hijos que la heredasen; y que porque hacía algunos meses que estaba enferma de hidropesía[25] había ofrecido ir a Nuestra Señora de Guadalupe en peregrinación, por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto a decir su nombre, traían orden de no llamarla sino la señora peregrina.

Esto supimos por entonces, pero al cabo de tres días que, por enferma, la señora peregrina permanecía en casa, una de las dueñas nos llamó a mí y a mi mujer a su lado. Fuimos a ver lo que quería y a puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos, la peregrina nos dijo creo que estas mismas palabras: «Señores míos, los cielos son testigos de que sin culpa mía me hallo en la penosa circunstancia que ahora os diré. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad ni mi desgracia; a estas mujeres de mi casa ni he podido ni he querido encubrírselo.

Por huir de los maliciosos ojos de mi tierra y porque este momento no me encontrase en ella, hice voto de ir a Nuestra Señora de Guadalupe; Ella debe de haber querido que en esta vuestra casa sea el parto; en vosotros está ahora el ayudarme y auxiliarme, con el secreto que merece mi honra, que está en vuestras manos. La paga del favor que me hagáis, inferior siempre al enorme beneficio que espero de vosotros, quiero que comience con estos doscientos escudos de oro que van en este bolso». Y sacando debajo de la almohada de la cama un bolso tejido de oro y verde, se lo puso en las manos a mi mujer, la cual, como simple y sin mirar lo que hacía, porque estaba asombrada y pendiente de la peregrina, tomó el bolso sin responderle palabra de agradecimiento ni de cortesía alguna.



Yo me acuerdo que le dije que no era necesario nada de aquello, que no éramos personas que por interés, sino por caridad, nos movíamos a hacer bien cuando se ofrecía. Ella prosiguió, diciendo: «Es menester, amigos, que busquéis dónde llevar de inmediato lo que voy a parir, buscando también mentiras que decir a quien lo entreguéis; que por ahora será en la ciudad, y después quiero que se lleve a una aldea. De lo que después se tenga que hacer, si Dios quiere guiarme y llevarme a cumplir mi voto, cuando vuelva de Guadalupe lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar para que piense y escoja lo que más me convenga. Partera no es necesaria, ni la quiero, que otros partos más honrados que he tenido me aseguran que con la única ayuda de estas criadas mías facilitaré sus dificultades y ahorraré un testigo más de mis desgracias».

Aquí dio fin a sus palabras la lastimada peregrina, y principio a un abundante llanto, que en parte fue consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta de su asombro, le dijo. En fin, yo salí al instante a buscar dónde llevar lo que pariese, a cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis

ojos hasta entonces habían visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora.

Ni la madre se quejó en el parto ni la hija nació llorando; en todos había sosiego y silencio maravilloso, tal cual convenía para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico a visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba nunca las tomó, porque solo quiso engañar a sus criados con las visitas del médico. Todo esto me dijo ella misma cuando se vio fuera de peligro, y a los ocho días se levantó con el mismo bulto, o con otro que se parecía a aquel con el que se había acostado.

Fue a su peregrinación y volvió de allí en veinte días, ya casi sana, porque poco a poco iba dejando de simular la hidropesía. Cuando volvió estaba ya la niña dada a criar por mi orden, haciéndola pasar por mi sobrina, en una aldea a dos leguas de aquí. En el bautismo se le puso el nombre de Costanza, que así lo dejó ordenado su madre; la cual, contenta de lo que yo había hecho, en el momento de despedirse me dio una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traería la persona que por la niña viniese.

También cortó un blanco pergamino a la manera como cuando se entrecruzan los dedos y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando entrecruzados los dedos se puede leer y cuando se apartan las manos queda dividido lo escrito, porque se dividen las letras que, una vez entrecruzados de nuevo los dedos, se juntan y corresponden de manera que se pueden leer de corrido. Digo que un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino. Casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando la contraseña hasta ahora, aunque ella me dijo que en el plazo de dos años enviaría a por su hija, encargándome que la criase no como quien ella era, sino del modo como se suele criar una labradora.

Me encargó también que si por algún suceso no le fuese posible enviar tan pronto por su hija, que, aunque creciese y llegase a tener entendimiento, no le dijese del modo que había nacido, y que le perdonase el no decirme su nombre ni quién era, que lo guardaba para otra ocasión más importante.

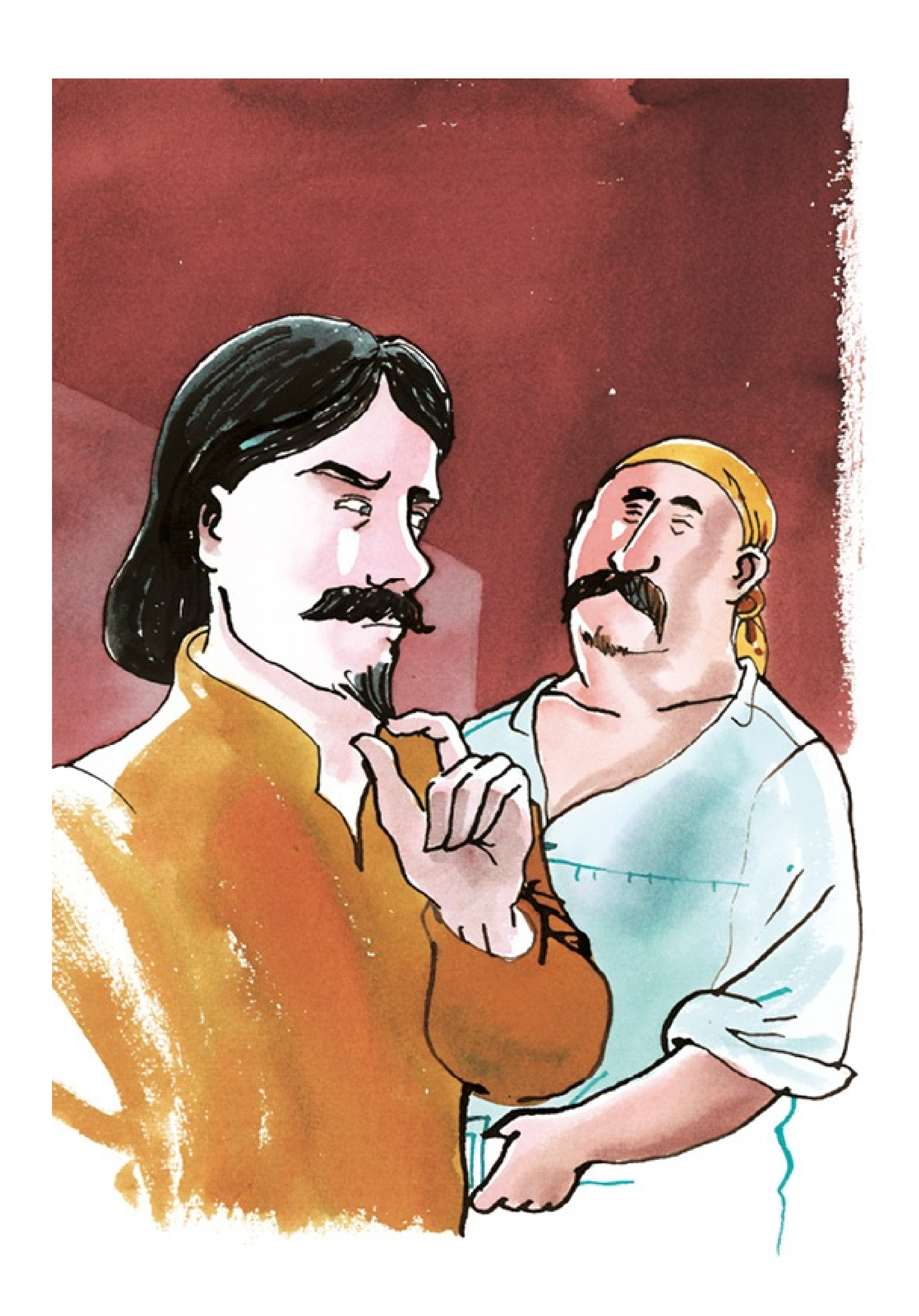
En resolución, dándome otros cuatrocientos escudos de oro y abrazando a mi mujer, con tiernas lágrimas se marchó, dejándonos admirados de su sensatez, valor, hermosura y discreción. Costanza se crio en una aldea dos años, y luego la traje conmigo, y siempre la he tenido en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro días hace

que aguardo a quien ha de venir por ella, y la gran tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida; y si en este año en que estamos no vienen, tengo decidido adoptarla y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito.

Falta ahora, señor Corregidor, decir a vuesa merced, si es posible que yo sepa decirlas, las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora; se confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mejor bordadora en Toledo; canta en privado como los ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale, pues en lo que toca a ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto.

El señor don Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida le ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le dedica alguna música, que ella jamás escucha. Muchos señores, y de título, han parado en esta posada, y deliberadamente, para hartarse de verla, han detenido su camino muchos días; pero yo sé bien que no habrá ninguno que se pueda alabar verdaderamente de que ella le haya dado lugar a decirle una palabra sola ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la ilustre fregona, que no friega, en la cual no me he apartado de la verdad lo más mínimo.

Calló el mesonero, y tardó un gran rato el Corregidor en hablarle, tan admirado le tenía el caso que el mesonero le había contado. Finalmente, le dijo que le trajese allí la cadena y el pergamino, que quería verlo. Fue el mesonero por ello, y al traérselo, vio que era así como le había dicho. La cadena era de trozos, curiosamente labrada; en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que había de llenar el vacío de la otra mitad, estas letras: E T E L S Ñ V D D R, por las cuales vio que era forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino para poder ser entendidas. Y teniendo el propósito de sacar de aquella posada a la hermosa muchacha cuando hubiese encontrado un monasterio donde llevarla, por el momento se contentó con llevarse solo el pergamino, encargando al posadero que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y le diese noticia de quién era el que por ella venía, antes de mostrarle la cadena, que dejaba en su poder.



AL DÍA SIGUIENTE, CERCA DE la una, entraron en la posada dos caballeros ancianos, de respetable aspecto, con cuatro hombres a caballo. Después de que uno de los dos mozos que a pie con ellos venían preguntara si era aquella la posada del Sevillano, y habiéndole respondido que sí, entraron todos en ella. Se apearon los cuatro, y fueron a apear a los dos ancianos, señal por la que se supo que aquellos dos eran regidores[26]. Salió Costanza con su acostumbrada cortesía a ver a los nuevos huéspedes, y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro:

—Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos a buscar.

Tomás, que acudió a dar de comer a las cabalgaduras, reconoció de inmediato a dos criados de su padre y luego conoció a su padre, y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos a quienes los demás obedecían. Y aunque se sorprendió de su llegada, consideró que debían de ir a buscarlos a él y a Carriazo a las almadrabas, que no habría faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flandes, los hallarían. Pero no se atrevió a dejarse reconocer con aquel traje; antes bien, arriesgándose, puesta la mano en el rostro, pasó por delante de ellos y fue a buscar a Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola; y deprisa y con la lengua confusa, temeroso de que ella no le daría ocasión para decirle nada, le dijo:

—Costanza, uno de estos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oirás llamar don Juan de Avendaño. Infórmate por sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomás de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir deduciendo y averiguando que te he dicho la verdad en cuanto a la condición de mi persona. Y quédate con Dios, que hasta que ellos no se vayan no pienso volver a esta casa.

No le respondió nada Costanza, ni él esperó a que le respondiese; sino que volviéndose a salir, tapado como había entrado, se fue a comunicar a Carriazo que sus padres estaban en la posada. Dio voces el mesonero a Tomás para que viniese a dar cebada; pero como no apareció, la dio él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte a una de las dos mozas gallegas y le preguntó cómo se

llamaba aquella muchacha hermosa que habían visto, y que si era hija o parienta del mesonero o mesonera de la casa. La Gallega le respondió:

—La moza se llama Costanza; ni es parienta del mesonero ni de la mesonera, ni sé lo que es; solo digo que la maldigo, que no sé qué tiene que no deja prosperar a ninguna de las mozas que estamos en esta casa. ¡Pues en verdad que tenemos nuestras caras como Dios nos las puso! No entra huésped que no pregunte al instante quién es la hermosa y que no diga: «¡Bonita es; bien parece; por Dios que no es mala; mal año para las mal maquilladas!; ¡nunca peor que esta me la conceda la fortuna!». Y en nosotras no hay quien se fije.

—Entonces esta niña, por lo que contáis —replicó el caballero—, debe de dejarse manosear y cortejar por los huéspedes.

—¡Sí —respondió la Gallega—, no sabéis cómo es ella! ¡Bonita es la niña para eso! Por Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, nadaría en oro; es más áspera que un erizo; es una beata, cosiendo está todo el día y rezando. Mi ama dice que trae un *silencio*[27] pegado a las carnes, ¡qué sé yo!

Contentísimo el caballero de lo que había oído a la Gallega, sin esperar a que le quitasen las espuelas llamó al mesonero, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo:

—Yo, señor mesonero, vengo a quitaros una prenda mía que hace algunos años que tenéis en vuestro poder; para quitárosla os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena, y este pergamino.

Y diciendo esto, sacó los seis trozos de la señal de la cadena, que él tenía. Asimismo reconoció el pergamino, y extremadamente alegre con el ofrecimiento de los mil escudos respondió:

—Señor, la prenda que queréis quitar está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con el que se tiene que hacer la prueba de la verdad que yo creo que vuesa merced pretende; así que le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo enseguida.

Y al instante fue a avisar al Corregidor de lo que pasaba y de cómo estaban dos caballeros en su posada que venían por Costanza.

Acababa de comer el Corregidor, y con el deseo que tenía de ver el fin de aquella historia, se subió inmediatamente a caballo y fue a la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la prueba. Y apenas hubo visto a los dos caballeros cuando, abiertos los brazos, fue a abrazar a uno, diciendo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué buena venida es esta, señor don Juan de Avendaño, primo y señor mío?

El caballero le abrazó, asimismo, diciéndole:

—Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo. Abrazad, primo, a este caballero, que es el señor don Diego de Carriazo, gran señor y amigo mío.

—Ya conozco al señor don Diego —respondió el Corregidor—, y soy su servidor.



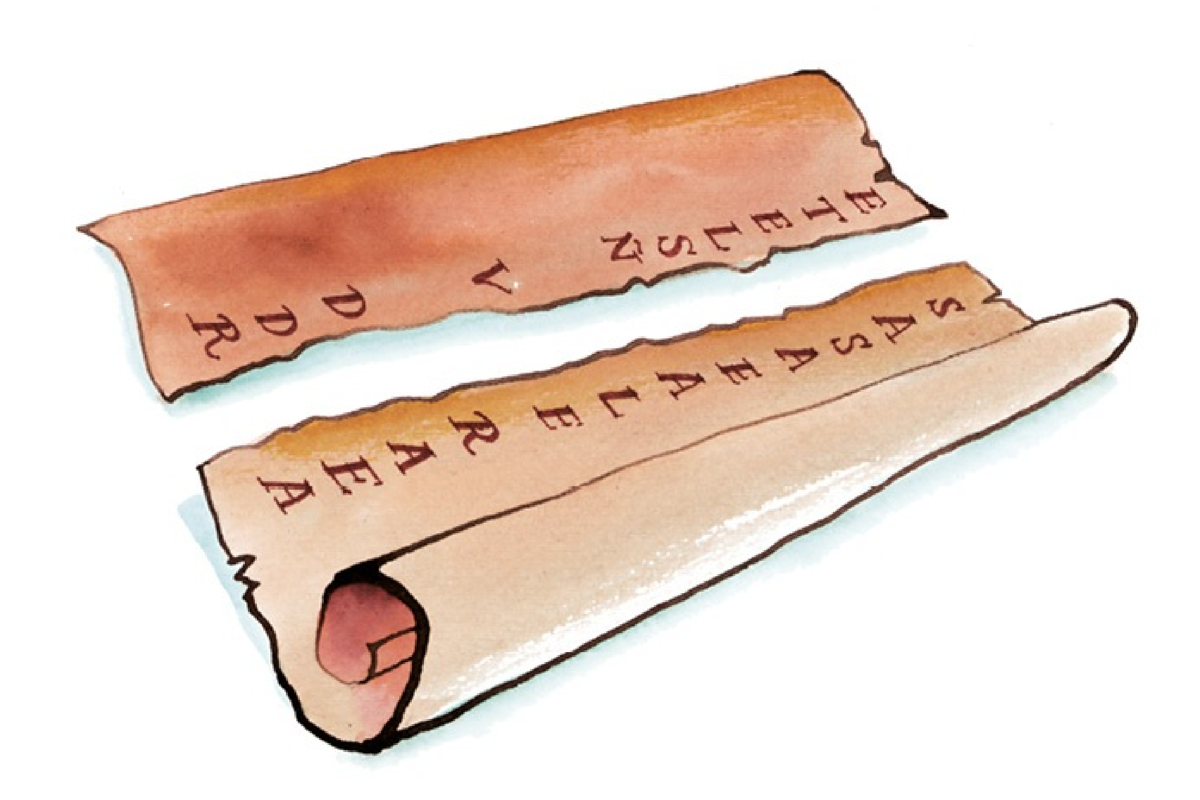
Y abrazándose los dos, después de haberse saludado con gran amor y grandes cortesías, entraron en una sala, donde se quedaron solos con el mesonero, el cual ya tenía consigo la cadena, y dijo:

—Ya el señor Corregidor sabe a lo que vuesa merced viene, señor don Diego de Carriazo; vuesa merced saque los trozos que faltan a esta cadena, y el señor Corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que hace tantos años que espero que se haga.

—Siendo así —respondió don Diego—, no habrá necesidad de poner al tanto al señor Corregidor del motivo de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido a lo que vos, señor mesonero, le habréis dicho.

—Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber. El pergamino, aquí está.

Sacó don Diego el otro, y juntando las dos partes se convirtieron en una, y a las letras del que tenía el huésped, que como se ha dicho, eran E T E L S Ñ V D D R, correspondían en el otro pergamino estas: S A S A E A L E R A E A; que todas juntas decían: ESTA ES LA SEÑAL VERDADERA. Se compararon luego los trozos de la cadena, y vieron que eran las contraseñas verdaderas.



—¡Esto está hecho! —dijo el Corregidor—. Falta ahora saber, si es posible, quiénes son los padres de esta hermosísima prenda.

—El padre —respondió don Diego— yo lo soy, la madre ya no vive; basta saber que fue tan importante, que pudiera yo ser su criado. Y para que, así como se encubre su nombre, no se encubra su reputación, ni se culpe lo

que en ella parece manifiesto error y culpa evidente, se ha de saber que la madre de esta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró a vivir a una aldea suya, y allí, con discreción y con honestidad grandísima, llevaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y tranquila.

Ordenó la suerte que un día, yendo yo a cazar por sus tierras, quise visitarla, y era la hora de la siesta cuando llegué a su alcázar, que así se puede llamar su gran casa. Dejé el caballo a un criado mío; subí sin encontrar a nadie hasta la misma habitación donde ella estaba durmiendo la siesta. Era extremadamente hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasión despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme a hacer juiciosos razonamientos cerré tras de mí la puerta, y acercándome a ella, la desperté, y teniéndola cogida fuertemente le dije: «Vuesa merced, señora mía, no grite, que las voces que dé serán pregoneras de su deshonra. Nadie me ha visto entrar en esta habitación, que mi suerte, para que la tenga buenísima en gozaros, ha hecho llover sueño en todos vuestros criados, y aun cuando ellos acudan a vuestras voces no podrán más que quitarme la vida, y esto será en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en entredicho vuestra reputación».

Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y a pura fuerza mía. Ella, cansada, rendida y avergonzada, o no pudo o no quiso decirme una sola palabra, y yo, dejándola como atontada y perpleja, me volví a salir por los mismos pasos por donde había entrado, y me fui a la aldea de otro amigo mío, que estaba a dos leguas de la suya. Esta señora se trasladó de aquel lugar a otro, y sin que yo jamás la viese, ni lo intentase, pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que había muerto.

Podrá hacer veinte días que con gran insistencia, escribiéndome que era asunto en el que me iba la alegría y la honra, me envió a llamar un mayordomo de esta señora. Fui a ver lo que quería de mí, bien lejos de pensar en lo que me dijo. Lo encontré a punto de morir, y, para abreviar, en muy breves palabras me dijo cómo al morir su señora le había dicho todo lo que conmigo le había sucedido, y cómo había quedado preñada de aquella violación, y que por encubrir el embarazo había ido en peregrinación a Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo había parido en esta casa una niña, que se llamaría Costanza.

Me dio las señas con las que la hallaría, que fueron las que habéis visto de la cadena y el pergamino. Y me dio, asimismo, treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar a su hija. Me dijo asimismo que el no habérmelos dado en cuanto su señora murió, y el no haberme declarado lo que ella

encomendó a su confianza y secreto, había sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero, pero que ya que estaba a punto de ir a dar cuentas a Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero y me avisaba dónde y cómo encontraría a mi hija. Recibí el dinero y las señales, y una vez comunicado esto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino de esta ciudad.

A estas palabras llegaba don Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decían a grandes voces:

—Díganle a Tomás Pedro, el mozo de la cebada, que llevan a su amigo el Asturiano preso; que acuda a la cárcel, que allí le espera.

A la voz de *cárcel* y de *preso*, dijo el Corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijeron al alguacil que el Corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo tuvo que hacer.

Venía el Asturiano con todos los dientes bañados en sangre, y muy dañado, y muy bien agarrado por el alguacil; y así como entró en la sala, reconoció a su padre y al de Avendaño. Se puso nervioso, y, para no ser conocido, con un paño, haciendo como que se limpiaba la sangre, se cubrió el rostro. Preguntó el Corregidor que qué había hecho aquel mozo, que tan maltratado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador al que llamaban el Asturiano, a quien los muchachos por las calles le decían: «¡Dame la cola, Asturiano, dame la cola!». Y luego, en breves palabras, contó la causa por la que le pedían la dichosa cola, de lo que rieron no poco todos. Dijo más: que saliendo por el puente de Alcántara, fastidiándolo los muchachos con la petición de la cola, se había apeado del asno, y corriendo tras todos ellos, alcanzó a uno, a quien dejaba medio muerto a palos; y que queriéndolo apresar, se había resistido, y que por eso iban tan maltratado.

Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro, y, porfiando por no querer descubrirse, se acercó el alguacil y le quitó el pañuelo, y al instante le reconoció su padre, y dijo todo alterado:

—Hijo don Diego, ¿cómo estás así? ¿Qué traje es este? ¿Aún no se te han olvidado tus picardías?

Hincó las rodillas Carriazo, y se fue a poner a los pies de su padre, quien, con lágrimas en los ojos, lo tuvo abrazado un buen rato. Don Juan de Avendaño, como sabía que don Diego había venido con don Tomás, su hijo, le preguntó por él, a lo cual respondió que don Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dijo se acabó de apoderar la admiración de todos los presentes, y mandó el Corregidor al mesonero que trajese allí al mozo de la cebada.

Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí, sin ser visto, lo que hacían su padre y el de Carriazo. Le tenía intrigado la llegada del Corregidor y el alboroto que en toda la casa había. No faltó quien le dijese al mesonero que estaba allí escondido. Subió por él y, más por la fuerza que de buena gana, le hizo bajar; y aun no habría bajado si el mismo Corregidor no hubiese salido al patio y le hubiese llamado por su nombre, diciendo:

—Baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones.

Bajó Tomás, y con los ojos bajos y gran obediencia se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísima alegría, a semejanza de la que tuvo el padre del Hijo Pródigo[28] cuando le recuperó.

Mientras tanto había llegado un coche del Corregidor, para regresar en él, pues la ocasión no permitía volver a caballo. Hizo llamar a Costanza, y tomándola de la mano se la presentó a su padre, diciendo:

—Recibid, señor don Diego, esta prenda, y valoradla como la más rica que pudierais desear. Y vos, hermosa doncella, besad la mano a vuestro padre y dad gracias a Dios, que con tan honrado final ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestra condición.

Costanza, que no sabía ni imaginaba lo que le había acontecido, toda temerosa y temblando, no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre y, tomándole las manos, se las comenzó a besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba.

MIENTRAS ESTO PASABA, había persuadido el Corregidor a su primo don Juan para que se fuesen todos con él a su casa, y aunque don Juan lo rechazaba, fueron tantas las razones del Corregidor, que tuvo que aceptar, y, así, entraron todos en el coche. Pero cuando dijo el Corregidor a Costanza que entrase también en el coche, se le entristeció el corazón, y ella y la mesonera se agarraron una a la otra y comenzaron a hacer tan amargo llanto, que rompía los corazones de cuantos lo escuchaban. Decía la mesonera:

—¿Cómo es esto, hija de mi corazón, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes valor de dejar a esta madre, que con tanto amor te ha criado?



Costanza lloraba, y le respondía con no menos tiernas palabras. Pero el Corregidor, enternecido, mandó que asimismo la mesonera entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenía, hasta que saliese de Toledo. Así la mesonera y todos entraron en el coche, y fueron a casa del

Corregidor, donde fueron bien recibidos por su mujer, que era una principal señora. Comieron gustosa y lujosamente, y después de comer contó Carriazo a su padre cómo por amores de Costanza don Tomás se había puesto a servir en el mesón, y que estaba enamorado de tal manera de ella, que aunque no se hubiera descubierto que su hija era una mujer tan principal, la habría tomado por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del Corregidor a Costanza con unos vestidos de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Costanza, y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo; tan bien le sentaban, que daban a entender que desde que nació había sido señora, y usado los mejores trajes.

Pero entre tantos alegres no pudo faltar un triste, que fue don Pedro, el hijo del Corregidor, que inmediatamente se imaginó que Costanza no sería suya, y así fue ciertamente; porque el Corregidor y don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño acordaron que don Tomás se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le había dejado, y el aguador don Diego de Carriazo se casase con la hija del Corregidor, y don Pedro, el hijo del Corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño, ya que su padre se ofrecía a conseguir para la boda la dispensa por el parentesco.

De esta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos, y la noticia de los casamientos y de la fortuna de la fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudía infinidad de gente a ver a Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro convertido en don Tomás de Avendaño y vestido como señor; notaron que Lope Asturiano era muy apuesto después de cambiar vestido y dejar el asno y las aguaderas; pero, aun así, no faltaba quien, en medio de su solemnidad, cuando iba por la calle no le pidiese la cola.

Un mes estuvieron en Toledo, al final del cual se volvieron a Burgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre, y Costanza con su marido don Tomás, y el hijo del Corregidor, que quiso ir a ver a su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos y con muchas joyas que Costanza dio a su señora, que siempre con este nombre llamaba a la que la había criado.

Dio motivo la historia de la fregona ilustre a que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas para solemnizar y alabar la sin igual hermosura de Costanza, la cual aún vive en compañía de su buen mozo de mesón. Carriazo, ni más ni menos, con tres hijos que, sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y a su padre, apenas ve algún asno de aguador, cuando se le representa y viene a la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando

menos se lo espere ha de aparecer en alguna sátira el «¡Dame la cola, Asturiano! ¡Asturiano, dame la cola!».

Apéndice



El autor, su obra y su tiempo

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares (Madrid) en el año 1547. En sus años de infancia es posible que acompañara a su padre, que era cirujano, por diversas ciudades españolas, entre ellas, Sevilla, en donde quizás aprendiera sus primeras letras. Lo que es seguro es que realizó estudios preuniversitarios en el Estudio de la Villa de Madrid, que dirigía Juan López de Hoyos, donde compuso sus primeros poemas conocidos (1567).

En 1569, acusado de haber herido a otro caballero en un duelo, marchó precipitadamente a Roma para evitar la acción de la justicia. Tras un corto periodo de servicio en el séquito del cardenal Acquaviva, se alistó como soldado, junto a su hermano Rodrigo, y luchó valientemente contra los turcos, a pesar de encontrarse con fiebre, en la batalla naval de Lepanto (1571), durante la cual fue herido en el pecho y en la mano izquierda, de la que quedó inútil.

Tras participar en varias campañas militares, en 1575 Miguel y Rodrigo embarcaron con destino a España, con la intención de obtener un ascenso en sus carreras como soldados, pero ya cerca de las costas catalanas fueron apresados por los corsarios berberiscos, que los trasladaron a Argel. Allí permaneció Miguel de Cervantes hasta el año 1580, en que fue liberado gracias al rescate pagado por los frailes trinitarios. Mientras tanto, volvió a hacer gala de su valor al intentar en cuatro ocasiones la huida, sin que pudiera conseguir en ninguna la ansiada libertad, sino, todo lo contrario, un endurecimiento en sus condiciones de prisionero.

Comenzó en ese momento la carrera literaria de Cervantes, quien escribió y publicó en 1585 una novela pastoril (*La Galatea*) y logró representar en Madrid varias obras de teatro. Sin embargo, no logró ganarse la vida con la literatura (se había casado en 1584 y tenía que mantener a varios familiares), por lo que a partir de 1587 ejerció diversos empleos, como recaudador de provisiones e impuestos; este trabajo le hizo recorrer caminos, pueblos y

ciudades de Andalucía y ser encarcelado y excomulgado en varias ocasiones por supuestas irregularidades en su desempeño.

En 1590 solicitó un oficio en las Indias occidentales (la recién descubierta América), pero se le denegó, por lo que siguió con sus trabajos por Andalucía algunos años más: su presencia en Sevilla está documentada hasta el año 1600.

Posteriormente residió en Valladolid y en Madrid, ciudades adonde se trasladó con su familia siguiendo a la corte. En 1605 publicó la primera parte del *Quijote*, lo que supuso su primer gran éxito literario, cumplidos los cincuenta y siete años. Continuó, pues, su carrera literaria, publicando en 1613 las *Novelas ejemplares*, en 1614 un largo poema titulado *Viaje del Parnaso*, en 1615 la segunda parte del *Quijote* y *Ocho comedias y entremeses* y, finalmente, en 1616, la que sería su última obra, publicada póstumamente, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. El 23 de abril de ese año falleció en Madrid.

La vida de Cervantes coincidió con (y, en cierto modo, reprodujo) el declive del Imperio Español, conocido como la decadencia española, pues España pasó de ser la primera potencia europea durante la primera mitad del siglo XVI a ocupar una segunda posición a lo largo del siglo XVII. Tuvo tiempo Cervantes de participar aún de las glorias del Imperio en su juventud, cuando combatió heroicamente en la Armada dirigida por don Juan de Austria.

Su afán de aventuras se vio, sin embargo, frustrado rápidamente por el cautiverio en Argel y el escaso éxito de sus primeros intentos literarios, que le condujeron a una penosa experiencia personal, pero muy enriquecedora, en contacto con la vida real de las ciudades y los pueblos españoles y con gentes de todo tipo. Del entusiasmo al desengaño, Cervantes nunca se dejó vencer por la amargura, sino que conservó una mirada compasiva sobre la criatura humana.

Las *Novelas ejemplares*

El *Quijote*, escrito en dos partes, le ha valido a Cervantes el ser generalmente reconocido no solo como el mejor escritor español, sino también como el creador de la novela moderna a escala universal. Sin embargo, no es únicamente en la novela larga en donde consigue sus mayores logros, sino que también realiza una aportación fundamental en la creación de lo que hoy denominamos novela corta o cuento.

Se puede afirmar que en tiempos de Cervantes no existía en la literatura española tradición de relato corto, fuera del cuento de origen folclórico e intención didáctica al estilo de los que contiene *El conde Lucanor*.

Por el contrario, en la literatura italiana renacentista abundaba un tipo de relato de no muy larga extensión, que era conocido con el nombre de *novella*. A finales del siglo XVI se tradujeron al español desde el italiano muchas colecciones de relatos de este tipo, entre ellas las de Boccaccio y Bandello. Cervantes se propuso adaptar el género a la literatura española y presumía, con motivo, de haber sido el primero en hacerlo.

De las novelas italianas, Cervantes tomó, además de la extensión, la unidad de acción, de manera que, aunque hubiera episodios secundarios, estuvieran subordinados a una trama central única; también profundizó en la verosimilitud, esto es, en la técnica de hacer creíbles los hechos narrados, sin que tuvieran que ser, necesariamente, reales.

Pero no se conformó con imitar el modelo italiano, sino que le aportó características propias, como, por ejemplo, la gran importancia del diálogo, casi ausente en las italianas; la eliminación de digresiones, comentarios o citas eruditas, que detenían la acción; la profundidad psicológica de los personajes o el sano optimismo vital que alienta siempre en ellas lejos tanto del erotismo subido como del pesimismo de muchas italianas.

El resultado de este propósito fueron las *Novelas ejemplares*, colección de doce novelas cortas, publicadas en 1613, pero escritas desde la primera década del siglo XVII, algunas de ellas, con anterioridad a la primera parte del *Quijote*.

Mucho ha discutido la crítica literaria en torno a la calificación de *ejemplares* que añadió nuestro autor al nombre de *novelas*, directamente tomado este del italiano, pues hasta entonces los relatos se denominaban en España con otros nombres: *crónica*, *libro*, *tratado*, *vida*, etc.

Es posible que Cervantes se viera obligado a añadir el adjetivo *ejemplares* para expresar la diferencia entre los argumentos de sus novelas y los italianos, pues estos solían, con mucha frecuencia, tratar ciertas relaciones eróticas explícitas, lo que hacía que no fueran aceptados fácilmente por la censura.

Tampoco hay que descartar que Cervantes sea sincero cuando afirma en el prólogo que «si bien lo miras, no hay ninguna de la que no se pueda sacar algún ejemplo provechoso», dejando al lector la responsabilidad de sacar provecho de la lectura, lo que, ciertamente, siempre puede hacerse con la obra cervantina, dada la gran carga de experiencias humanas que vierte en ellas.

Por último, algunos estudiosos han propuesto que la ejemplaridad a la que alude Cervantes con ese título no es moral, sino estética: puesto que son las primeras novelas cortas que se escriben en español, podrían servir de ejemplo, es decir, servir de modelo, para quienes quisieran seguir por ese camino.

Sea como fuere, es evidente que Cervantes no aprovechaba sus relatos para extraer de ellos directamente una moraleja. No es Cervantes escritor dado a echar sermones en sus escritos sobre lo correcto o lo incorrecto, como hicieron los autores de la novela picaresca a partir del *Guzmán de Alfarache*; antes bien, nos suele presentar una realidad compleja, con varias caras, con matices, para que el lector saque sus propias conclusiones y complete el sentido de sus obras.

Rinconete y Cortadillo

Es la tercera en el orden de publicación de las *Novelas ejemplares* y, con toda seguridad, Cervantes la escribió con anterioridad a la primera parte del *Quijote*.

La originalidad de la novela reside fundamentalmente en lo escaso de su acción. Esta es una novela en la que apenas pasa algo, y donde sus protagonistas son, en casi toda ella, simples espectadores de lo que ocurre. En realidad, la trama inicial que nos presenta a Rincón y Cortado parece un pretexto para conducirnos a través de sus ojos (ya convertidos en Rinconete y Cortadillo) a una especie de representación teatral que desarrollan Monipodio y sus cofrades sevillanos en un escenario fijo, y en el que la entrada de diversos personajes va originando sucesivas escenas más teatrales que narrativas.

Podría preguntarse por qué Cervantes no nos cuenta directamente lo que ocurre en casa de Monipodio, sin necesidad de inventar esa primera parte. Pero además de que Cervantes es partidario de presentarnos la realidad, siempre que puede, a través de otros ojos y no directamente desde los ojos del narrador, de esta manera resalta el choque entre la ingenua y aventurera vida picaresca de los adolescentes y la reglamentada cofradía de delincuentes, con la que colaboran las personas «respetables» de la sociedad, bien encargándoles delitos que ellos no se atreven a realizar por sí mismos, bien encubriendo sus actividades ilícitas en vez de aplicar la justicia que representan.

Así pues, el deseo ingenuo de libertad que lleva a Rincón y Cortado a la aventura de la vida picaresca se convierte en una ilusión de niños, pues en vez

de vida libre encuentran normas, reglamentaciones, controles, registros, y una enorme hipocresía social y religiosa en el monopolio de la delincuencia que regenta Monipodio, un individuo brutal e inculto al que, sin embargo, todos respetan.

La novela, sin embargo, no incurre en el pesimismo habitual de la novela picaresca, pues al final Rinconete reflexiona sobre lo que ha visto y hace propósito junto con Cortadillo de no mantenerse mucho tiempo en aquella vida. Es decir, visto que el deseo de libertad no era más que un sueño imposible, determinan libremente emprender un camino distinto, como antes habían decidido emprender el de pícaro.

Es notable, para terminar, el conocimiento que demuestra Cervantes del hampa sevillana de la época, incluido el repertorio de términos de germanía con el que salpica la novela.

La ilustre fregona

Es la octava en el orden de publicación de las *Novelas ejemplares*, sin que tengamos ningún dato que nos permita fechar el momento de su escritura.

En esta, dos jóvenes aristócratas planean, engañando a sus padres, pasar el verano en las almadrabas de Zahara, lugar de reunión de pícaros famoso en la época de Cervantes. Pero tampoco verán cumplidos sus sueños. Si Rincón y Cortado caen en la red de Monipodio, Avendaño cae en la red del amor, al oír hablar de una bella fregona, llamada Costanza, de una posada toledana, algo impropio e insospechado para un ilustre caballero; y llevado de la amistad, Carriazo renuncia a sus almadrabas y adopta el vulgar oficio de aguador, lo que le acarreará no pocos golpes, la humillación de la burla de los chiquillos y hasta una estancia en los calabozos.

Ahora bien, este relato presenta unas motivaciones idealistas ausentes por completo en el anterior. Por eso, el final se desenlaza de una manera un tanto precipitada con la aparición repentina de unos descubrimientos inesperados que ponen a cada personaje en su sitio, con el reconocimiento de la nobleza de Costanza (pues su belleza y conducta eran impropias de una fregona) y la vuelta a su estado de los traviesos jóvenes. Se conciertan las bodas entre los distintos personajes (ahora posibles por la igualdad de condición social) y el relato queda cerrado con la felicidad general.

El desconcierto provocado por la mala acción de don Juan de Avendaño al haber violado a la madre verdadera de Costanza y la diablura de los

adolescentes quedan reparados por la intervención de elementos inesperados, propios de la novela bizantina y del cuento maravilloso.

Cervantes, sin embargo, se cuida mucho de hacer creíble la historia, al situarla en lugares conocidos, y retratar magistralmente el ambiente de la picaresca (juegos de azar, peleas…) y de la posada, con sus mozas algo ligeras de cascos, sus bailes y canciones, etc.

Notas

[1] *Valón*: cuello grande y vuelto, que caía sobre los hombros, la espalda y el pecho. <<

[2] *Vuesa merced, señor gentilhombre: vuesa merced* es un antiguo tratamiento de cortesía del que procede el actual «usted». *Gentilhombre* era el noble que servía en casa de los reyes o de otras personas importantes. <<

[3] *Sacristán y monumento*: el *sacristán* ayuda al sacerdote y se ocupa de la limpieza de la iglesia y sacristía. *Monumento* es el altar donde se expone el Santísimo el Jueves Santo. <<

[4] *Buldero*: encargado de predicar y vender bulas, o privilegios concedidos por el Papa —como, por ejemplo, no cumplir el ayuno durante la Cuaresma —. Los bulderos recibían un porcentaje de cada venta. <<

[5] *Desterrado de la corte*: castigado a abandonar la ciudad en que residía la corte. <<

[6] *Veintiuna*: juego de cartas en el que gana quien reúne veintiún puntos o se acerca más a esa puntuación. <<

[7] *Arriero*: persona que se dedica al transporte de mercancías por tracción animal. **<<**

[8] *Corregidor*: representante de la autoridad real en una localidad, con funciones de justicia y de gobierno. <<

[9] *Legua*: medida de longitud definida como el camino que regularmente se anda en una hora, y que en el sistema métrico equivale a 5572,7 metros. <<

[10] *Galera*: barco de vela antiguo, que además tenía remos. A los delincuentes reincidentes se les imponía como pena remar en las galeras, de ahí el miedo que su vista provoca en los protagonistas. <<

[11] *Muchachos de la esportilla*: los esportilleros eran muchachos que se ofrecían a cargar y transportar en sus cestas (*espuertas* o, en diminutivo, *esportillas*) lo que les mandaran. <<

[12] *Canónigo*: sacerdote de una catedral. <<

[13] *Sacrilegio*: profanación de persona, cosa o lugares sagrados. <<

[14] *Voacedes*: forma vulgar de *vuesas mercedes*. <<

[15] *Aduana*: oficina que regula el tránsito de personas y mercancías entre dos países. <<

[16] *Finibusterrae, envesados y gurapas*: horca, azotes y galeras, respectivamente. Como se dice poco después, son palabras de germanía, es decir, del habla de los delincuentes. <<

[17] *Noviciado*: tiempo de preparación para entrar en una orden religiosa. <<

[18] *Culto*: conjunto de ritos y ceremonias religiosas con lo que se tributa homenaje a Dios, la Virgen o los santos. <<

[19] *Ministros y contrayentes*: de nuevo se utiliza un lenguaje religioso para referirse a los miembros de la cofradía de Monipodio. En este caso, se refiere al matrimonio, siendo los *ministros* los que lo celebran, y *contrayentes*, quienes se casan. <<

[20] *Sor*: vulgarismo por «señor». *Desamine*: vulgarismo por «examine». <<

[21] *Escribano*: funcionario público que garantiza la verdad de los actos realizados ante él y que redacta los documentos correspondientes. <<

[22] *Procurador*: abogado. <<

[23] … *con la mayor popa y soledad que podemos*: en esta intervención Monipodio acumula una gran cantidad de vulgarismos que ponen de manifiesto su incultura, de la que se burlará Rinconete a continuación: *estupendo* por *estipendio* («paga o remuneración que se da a alguien por algún servicio»); *naufragio* por *sufragio* («obra buena que se aplica por las almas del purgatorio»); *adversario* por *aniversario; popa* por *pompa* («solemnidad con la que se celebra un acto o ceremonia»); y *soledad* por *solemnidad*. También utiliza palabras de germanía como *garbear* («robar») y *guro* («alguacil»). <<

[24] *Gorja*: en lenguaje de germanía, garganta. Se refiere, naturalmente, a la horca. <<

[25] *Cofrades mayores*: miembros de una cofradía, hermandad o asociación religiosa que tienen superado el período de iniciación, gozan de ciertos privilegios y tienen ciertas obligaciones. <<

[26] *Hermano mayor*: cofrade mayor. <<

[27] … *que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo*: alude a un episodio histórico ocurrido en 1294, cuando Alonso Pérez de Guzmán lanzó su propio puñal desde las murallas de Tarifa a los musulmanes que asediaban la ciudad para que cumplieran su amenaza de matar a su hijo si no se rendía. <<

[28] *Arroba*: unidad de peso antigua que equivale a 11,502 kilogramos. *Azumbre*: antigua medida de capacidad para líquidos que equivale a 2,016 litros. <<

[29] *Boquear*: Monipodio vuelve a utilizar palabras de germanía como *boquear* («decir») y *respeto* («chulo de la prostituta»). **<<**

[30] … *y no demos de comer al diablo*: no alimentemos al diablo con nuestras discordias, pues este se alegra del sufrimiento humano. **<<**

[31] *Rufo*: rufián, en germanía. *A lo valón*: al estilo de los valones, habitantes del ducado de Borgoña, cuya indumentaria habían introducido en España los servidores del rey Carlos I de aquella procedencia. *Socarrado*: quemado. <<

[32] *Catorce*: de catorce puntos, pues se medían las heridas por los puntos de sutura que necesitaban. **<<**

[33] *Can*: perro. <<

[34] *Secutor*: vulgarismo por «ejecutor». <<

[35] *Redomazos*: golpes dados con una botella llena de alguna sustancia maloliente o pegajosa. *Untos de miera*: derramamiento de aceite de enebro. *Clavazón de sambenitos y cuernos*: colocación en la puerta de su casa de carteles ofensivos para acusar a alguien de judío o de cornudo. *Matracas*: insultos hirientes en público. *Espantos*: amenazas. *Nibelos*: es vulgarismo por *libelos* (escrito en que se calumnia a personas, ideas). <<

[1] *Alfarache*: se refiere, como modelo de pícaro, a Guzmán de Alfarache, protagonista de la novela picaresca del mismo título de Mateo Alemán. **<<**

[2] *Presa y pinta*: la *taba*, el *rentoy* y la *presa y pinta* son diversos juegos de azar (los dos últimos, de cartas) de la época. Los lugares que se citan eran conocidos por ser sitios habituales de reunión de pícaros. <<

[3] *Almadrabas de Zahara*: la almadraba es una técnica de pesca del atún. Cervantes se refiere a la de Zahara de los Atunes, localidad de la actual provincia de Cádiz. <<

[4] *Berbería*: territorio del norte de África (actualmente, Marruecos, Argelia y Túnez), refugio de piratas musulmanes. <<

[5] *Ayo*: persona encargada, en las casas principales, de custodiar niños o jóvenes y de cuidar de su crianza y educación. <<

[6] *Jubón*: prenda de vestir, especie de camisa, que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo. <<

[7] *Corregidor*: representante de la autoridad real en una localidad, con funciones de justicia y gobierno. <<

[8] *Ginebra*: esposa del rey Arturo, dos de los personajes más importantes de las historias caballerescas. <<

[9] *Chirimía*: antiguo instrumento musical de viento, hecho de madera, de la familia del oboe. **<<**

[10] *Vihuela*: instrumento antiguo de cuerda, parecido a una guitarra. <<

[11] *Azabache*: carbón mineral, de color negro brillante, que se pule para utilizarlo en joyería, como adorno. <<

[12] *Alabastro*: piedra blanca traslúcida, parecida al mármol, que se usa en escultura y decoración. <<

[13] *Untar*: «aplicar y extender superficialmente aceite u otra materia grasienta sobre algo» y además, en este caso, con otro valor añadido: «sobornar a alguien con regalos o dinero». <<

[14] *Mirando bobas*: bobeando, perdiendo el tiempo. <<

[15] *Engarráfela*: agárrela. <<

[16] *Naide con trapos*: el inculto bailarín confunde *contrapás*, que es un paso de baile italiano, *con trapos*. Asimismo utiliza los vulgarismos *naide* por nadie y *presona* por persona. <<

[17] *Zarabandas, chaconas y folías*: bailes populares españoles de la época. <<

[18] *Muladar*: lugar donde se acumula la basura. <<

[19] *Les rectar*: rectificarles. <<

[20] *Higas*: se trata de un gesto de desprecio que se realiza cerrando el puño y mostrando el dedo pulgar por entre el índice y el medio. El juego entre *higa* e *higueral* tiene en cuenta el otro sentido del término, es decir, «breva». <<

[21] *Toca*: prenda de tela con que se cubría la cabeza. <<

[22] *Como arcedianos*: porque apostaban mucho dinero no parecen aguadores, sino arcedianos (un cargo eclesiástico con fama de tener gran afición al juego). <<

[23] *Carneros de Berbería*: animales que tenían una cola muy ancha y a los que, por tanto, al despedazarlos, se le hacían cinco partes o cuartos. **<<**

[24] *Dueñas*: señoras respetables, generalmente viudas, que hacían compañía y estaban al servicio de mujeres nobles y adineradas. <<

[25] *Hidropesía*: enfermedad consistente en la acumulación anormal de líquido en el organismo. <<

[26] *Regidor*: miembro del consejo que gobernaba las ciudades, equivalente al concejal actual. <<

[27] *Silencio*: vulgarismo por *cilicio*, faja con cerdas o púas que se lleva ceñida al cuerpo como penitencia o mortificación. <<

[28] *Hijo Pródigo*: se refiere a una parábola de Jesús relatada en los Evangelios, que cuenta cómo recibe con gran alegría el padre al hijo que regresa a casa tras haberse marchado para vivir libremente. <<

